

Vergelito
en
Leyendas de Petrer



Mario Caplan Brotons

Vergelito
en
Leyendas de Petrer

MARIO CAPLAN BROTONS

Vergelito
en
Leyendas de Petrer

Concejalía de Cultura y Patrimonio
Ayuntamiento de Petrer

Mario Caplan Brotons

© de los textos: Mario Caplan Brotons
© de la presente edición: Ayuntamiento de Petrer
Mario Caplan Brotons
Corrección lingüística: M.ª Lucía Navarro Brotons
Ilustraciones: Francisco Sanjuán García
Arreglos musicales: Gabriel Sánchez Carrillos
I.S.B.N.: 978-84-95254-33-7
Depósito Legal: A-649-2011
Imprime: Gráficas Arenal, s.l. - Petrer

*A mi amiga Pilar
y a mi primita M.^a Lucía Navarro
por sus tildes
y algún galicismo que otro*



Índice

Prólogo	11
El Cid, Babieca y mi bisabuela	13
El gigante Gargantúa a su paso por Petrer	17
El pico del Fraile	21
La Vellea	25
Catí y su ermita	31
Pan con chocolate y a correr	67

Prólogo

La palabra leyenda encierra en su significado una confluencia entre lo imaginario y lo real. ¿Quién no ha escuchado nunca una? Cada nación, cada región e incluso cada pueblo guarda en su memoria, al menos, una leyenda que le pertenece, que narra de manera fantástica un hecho histórico, un acontecimiento para magnificarlo y engrandecerlo o, simplemente, para intentar darle explicación a algo que, a primera vista, parece inexplicable.

Hablar de leyendas es por tanto dar rienda suelta a la imaginación; tanto más si esas leyendas narran hechos o descubren lugares de nuestro entorno, Petrer. Siempre es gratificante poder vivir aventuras, descubrir secretos y recorrer parajes de la tierra de uno, sumergiéndose en una trama dinámica, dulce y trepidante.

Leyendas de Petrer es reflejo del amor de Mario hacia su abuela Julia, encarnada en sus historias en la piel de su bisabuela; es recuerdo de una infancia, pues el propio autor aparece reflejado en la figura de Vergelito, tal vez en un intento de búsqueda del niño interior que todo adulto lleva dentro; es muestra de cariño hacia su tierra querida, su Petrer del alma; es manifestación clara de la capacidad imaginativa, la dulzura y la calidez literaria propia de la madurez de un escritor.

Mario Caplan Brotons lleva el arte en la sangre y su trayectoria lo muestra: escultor y pintor por excelencia pero también músico y escritor. Enamorado de su tierra y amante de sus raíces, Mario lleva Petrer en el corazón a pesar de vivir en Grenoble (Francia) durante más de 40 años. Cuando confluye la pasión, la imaginación y el saber hacer se obtiene un resultado maravilloso como son las leyendas de Petrer que presenta en ésta, su primera obra publicada.

M.^a LUCÍA NAVARRO BROTONS

El Cid, Babieca y mi bisabuela

Seguro que algunas gentes vieron a alguien rebuscar entre los matos en los altos de la sierra El Caballo, y se dijo que recoger caracoles en pleno verano sin lluvia o cuando hace frío en diciembre sería de estar chiflado. La causa de las pesquisas por el monte fue una de las historias sobre Petrer que cuando era niño contaba mi bisabuela. Sí, tuve la dicha de conocerla, y escuchar con avidez sus relatos.

Mi bisabuela era descendiente de una vieja familia de judíos conversos que se estableció en el pueblo de Petrer mucho antes de la expulsión de los moriscos. Ella, mi bisabuela, acostumbraba los jueves o casi todos los jueves, si el tiempo lo permitía, visitar a sus familiares enterrados en el viejo cementerio, hoy desaparecido. Algunas tardes me obligaba a acompañarle. Recuerdo que en una de las inscripciones de la tumba familiar vi grabado un símbolo extraño para mí y le pregunté el porqué de aquella estrella. Dijo que aquel señor fue su abuelo y como fue converso, era costumbre grabar en aquella gran lápida una estrella de David pero con cinco puntas.

Al salir del cementerio nos sentamos los dos en el banco de obra que había delante del viejo campo santo formando una plazoleta. Allí me contó el siguiente relato:

Parece ser que en tiempos de reconquista cristiana, bajóse guerreando, al frente de sus ejércitos camino de Orihuela, Rodrigo Díaz de Vivar, el "Cid", y entrando en estas tierras por el entonces caserío de Agost, subió a la gran mole hoy llamada el Cid y de allí a la también llamada Silla del Cid. Rodrigo pudo divisar el frondoso valle y los castillos, sentado, parece ser, a la sombra de un madroño donde ató su caballo para contemplar así el vasto horizonte que se mostraba ante él. Sus capitanes le comunicaron que grandes masas de moros se concentraban para pelear contra sus ejércitos.

Efectivamente se podían distinguir a lo lejos grandes columnas de polvo procedentes de Monóvar, Salinas, Elda y Sax en dirección de Petrer. Eran las huestes sarracenas. Viendo tal concentración de ejército, montó Rodrigo sobre su caballo y desvainando su tizona, lanzó a Babieca con tanto ímpetu y dio tan gran salto, que atravesó por los aires la distancia que separa la Silla del Cid con la mole de El Caballo. Aquel salto se realizó sin ayuda de nadie, solamente con el valor de Rodrigo, para su grandeza, y el ímpetu de Babieca porque según las habladurías de la gente dicen que se les presentó ayudarles en el salto un tal *Matamoros* es un cuento, ya que el único *Matamoros* que conoce mi bisabuela es el marido de su prima hermana el de los pasteles. En todo caso, las huestes musulmanas, al ver tal hazaña, según mi bisabuela, huyeron despavoridas, sin parar de correr hasta tocar tierras africanas. Mi bisabuela decía “tierras de berbería”. Cuando las pezuñas de Babieca, el caballo del Cid, entraron en contacto con la peña cerca del *Plà dels Caragols*, el impacto fue tan fuerte que levantó una nube de tierra, piedra y maleza.

Al disiparse tal polvareda Rodrigo se percató de que una de las pezuñas de Babieca se había incrustado en la roca. Puso Rodrigo pie a tierra para ayudar a su caballo a desembotar su casco de la cavidad que había producido el choque contra la peña. Desde entonces hay una huella en forma de herradura, de ahí el nombre de sierra El Caballo. Esta historia me impresionó más con la fantasía de niño. Cada vez que miraba hacia la silla imaginaba a Babieca volando y al Cid montado espada en mano, así que siempre la he tenido presente. Y por tal motivo han sido tan frecuentes mis correrías por dichos parajes, buscando de roca en roca el recuerdo que nos dejó Babieca en tal lugar.

¡Al fin la encontré! La prueba: las fotografías que hice hace unos años atrás (que están a vuestra disposición). Continuo visitándola y siempre llevo un cepillo metálico para limpiarla y que no desaparezca entre tomillos, esparto y musgo. Si algunos curiosos se acercan, buscad. La última vez dejé un montículo hecho con piedras cerca de ella, no muy lejos de otro, con una señal azul.

Durantes algunos años ha sido solamente para mí. Pero los años pesan y la montaña está escarpada. Sinceramente vale la pena subir y si la encontráis cuidadla.

Pero continúo con la historia que contaba mi bisabuela. Según ella, cuando desmontó el Cid para ayudar a su caballo, vio que aquel lugar estaba lleno de caracoles. Decía mi bisabuela que si en lugar del Cid hubiese sido



alguien del pueblo de Elda habría dicho “puñetas cuantos caracolicos” pero Rodrigo Díaz de Vivar exclamó “por Santiago, cuantos y gordos caracoles” seguro que el sinónimo *El Plà dels Caragols* viene de la exclamación de Rodrigo. Pasa lo mismo con el nombre de la Silla del Cid porque se sentó sobre una gruesa piedra a la sombra de un madroño y dejó las marcas de sus posaderas. Estas aun no las encontré, pero seguro que existen, mi bisabuela me lo contó y lo que ella decía iba a misa...

El Gigante Gargantúa a su paso por Petrer

Antes de abrir la calle *Constitució* y construir los edificio que forman el *Carreró la Bassa*, se encontraban en el lugar el lavadero y la Balsa Honda, protegida por un alto muro. Entre ellos, una acequia de obra donde corría límpida y cristalina agua. Allí acudía mayoría de mujeres de aquel entonces a fregar y a aclarar los enseres que se usan en la cocina como platos, cucharas y pucheros de barro que frotaban con un estropajo y arenilla del campo del *Ginebre*.

Uno de los muchos jueves que solía acompañar a mi bisabuela a pasear regularmente al cementerio y entre rezo y rezo discutía con su madre “poniéndola negra”, mi bisabuela, con un cubo mediano de zinc y una picoleta como la de los albañiles, se propuso recorrer otro paraje.

—*Esta vespradeta farem sorreta per a fregar.*

Así que nos encaminamos para la Hoya, lindamos la tejería de Sensi y llegamos a la Canal de Hierro. Ya cerca del Ginebre mi bisabuela señaló:

—*Ja hem aplegat.*

Allí cerca en un montículo, una cierta cavidad se había formado en él, a causa de tanto rascar. Llenamos un poco más de medio cubo y nos sentamos a descansar entre un granado y una higuera que crecían silvestres al borde del cauce seco. (En esa época una mujer del pueblo repartía esta arena recorriendo las calles, llamando a las gentes al grito de “*Sorreta per a fregar...*” ganando así algunos reales.) Mi bisabuela se estaba recomodando el pañuelo sobre la cabeza cuando dije:

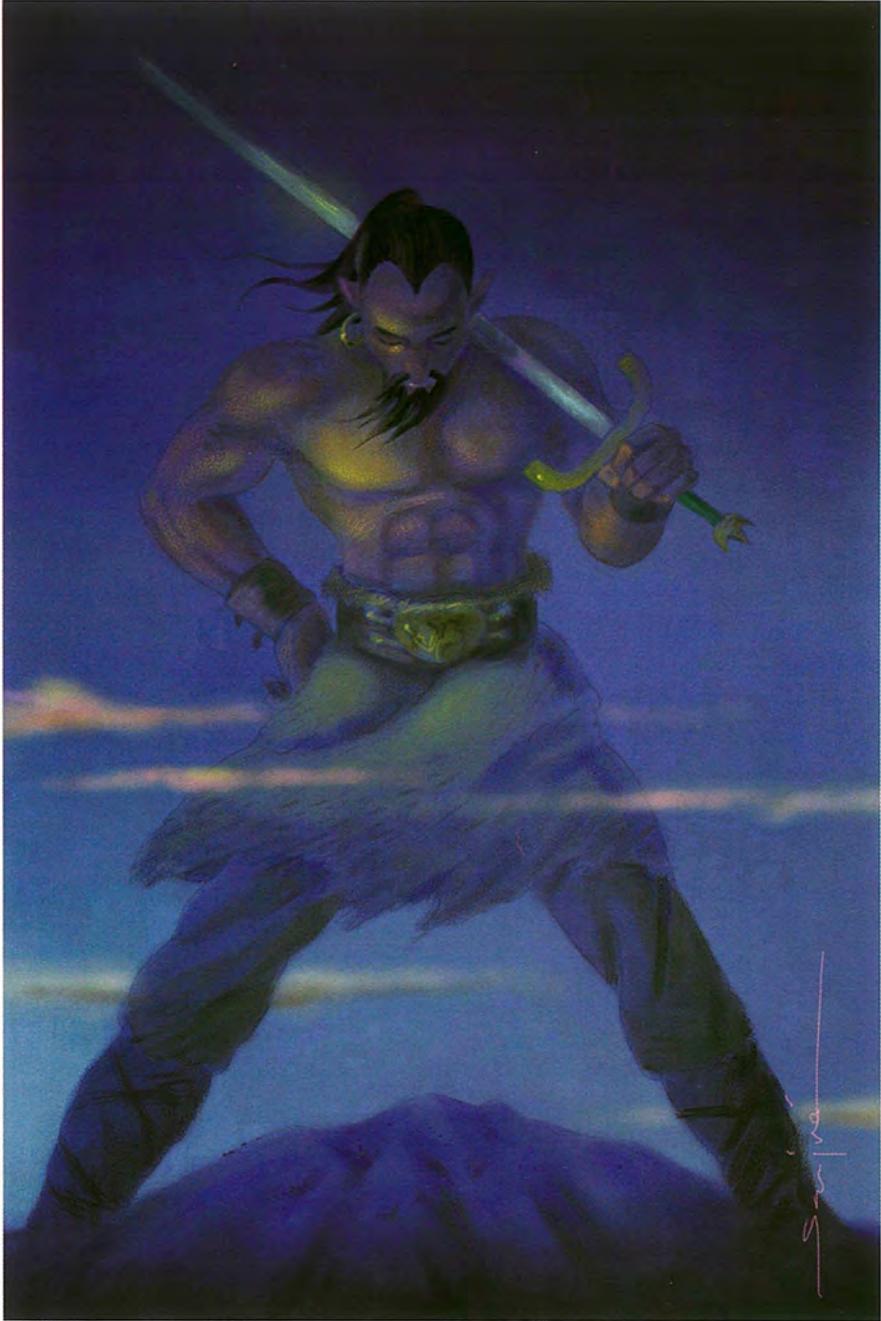
—*Iaia, has vist que fonda està la rambla?*

Mi bisabuela terminó de atar el pañuelo negro formando un lazo con las dos puntas que caían por debajo de su barbilla. Volvió la cabeza hacia el cañón que profundo subía hacia el *Molí de la Pólvora*. Me miró explicándome que *este tall el va fer un gegant amb la punta de la seua espasa*. —¡Uy...! Los ojos

se me abrieron redondos y le pedí que me contase la historia. Arreglándose mi bisabuela una mecha de su plateado pelo por debajo del pañuelo, empezó a relatar: Un día, muchísimos antes de los moros, pasó por aquí Gargantua, un gigante de los grandes, grandes. Mira si era enorme que se sentó en un montículo que hoy llaman La Silla y se sentó allí fue porque viniendo, por lo menos de China, se encontró con el mar, el que está en Alicante. Atravesándolo, con tan solo dar dos brincos, desde donde están los turcos, que son como la comparsa de los Moros Viejos, hasta las islas del mar. Y de allí con otro brinquito puso un pie en *Ferrusa* y otro en la *Horteta*, marcando así sus botazas. Al sentarse, como le molestaba su gran espada, la desenvainó y se puso a entretenerse con ella, haciendo surquillos entre las piedras. Abriendo barrancos y cañones a su alrededor. Diose cuenta que los Chaparrales estaban llenos de madroños y empezó a recoger y comerlos, hinchándose como un ogro. El gigante tenía una muela picada y para mondarse las semillas en su diente picado, arrancó una gran encina fabricándose con su tronco un palillo con punta. No sabiendo dónde dejarlo, hurgó con la espada una peña haciendo un agujero donde reposarlo. Hoy en día la peña *Foradada*. Sentado allí contemplando el horizonte, levantose y dando un pasito se percató de que en el interior de sus botas se había depositado algo de arena. Descalzándose, sacudió una de sus botas formando el arenal de *l'Almortxó*. Repitiendo la operación con la otra bota creó el de *Pruna*. Se calzó y sintiéndose muy bien dentro de su calzado, dio unos pasos. Se paró de nuevo para orinar, donde estuvo haciéndolo durante tres meses, y formó con sus orines el río Vinalopó (sus aguas saladas y un poco amarga dan razón de ello).

Interrumpí a mi bisabuela y le pregunté adónde se dirigía el gigante Gargantua. Respondió que muy lejos, por lo menos a Cuenca, donde se secó por haber orinado de nuevo. Allí quedó plantado, hecho un bolo de granito en la Ciudad Encantada.

Años después, ya adulto, tuve la oportunidad de visitar Cuenca y la Ciudad Encantada. En verdad os digo que este bolo es enorme.



El pico del Fraile

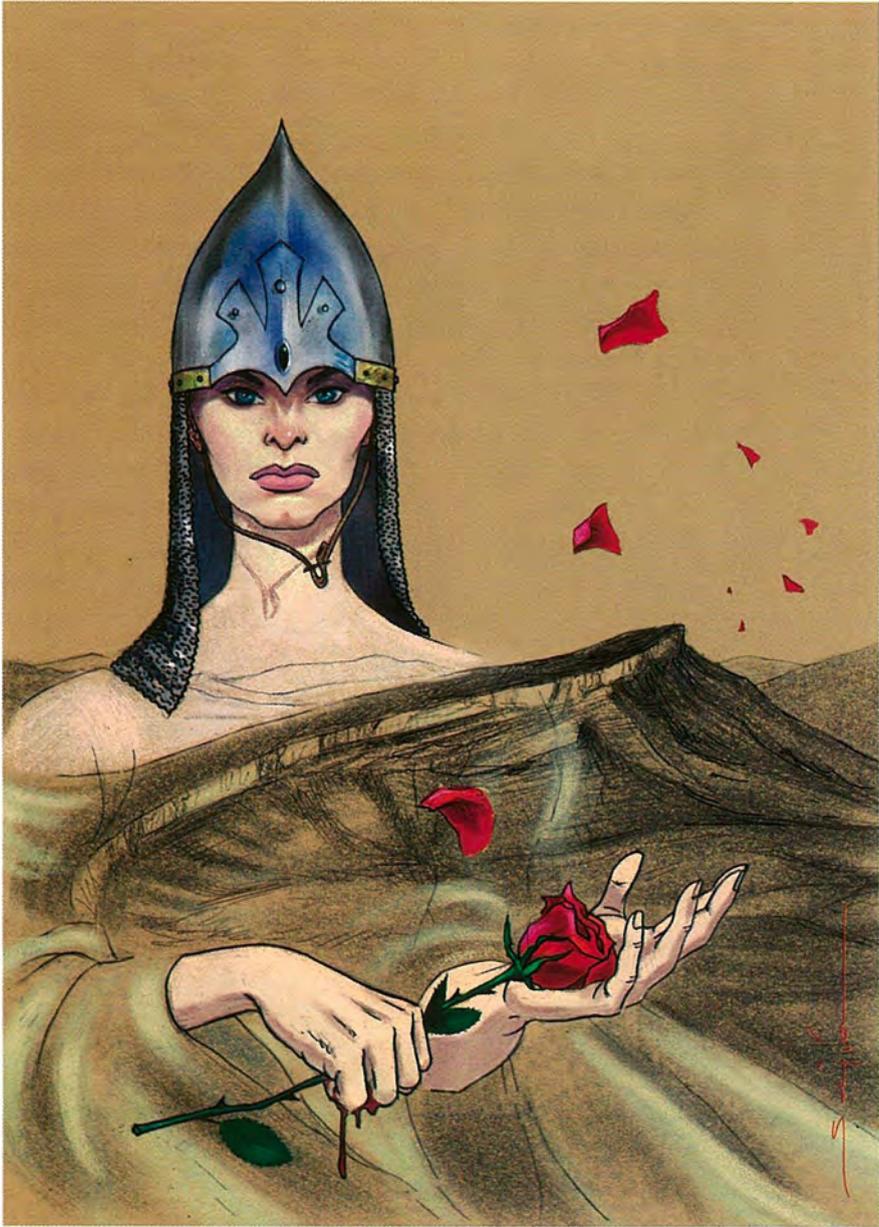
Una de las tardes en que estaba obligado a acompañar a mi bisabuela al viejo cementerio, fuimos a visitar a los familiares fallecidos. Ella, mi bisabuela, se reunía espiritualmente murmurando letanías o simplemente hablando con ellos, criticando sobre todo a su madre y elevando a los cielos a su buen genitor de padre. A veces, la escuchaba hablar claramente cuando se dirigía a su madre, sobre todo, si estábamos solos. Pues bien, un día de regreso a casa, cruzamos el seco lecho de la rambla. El sol aún se encontraba alto y nos resguardamos de él bajo un frondoso jinjolero que había junto a una acequia de regadío en la parte izquierda de la rambla, después de pasar el estercolero. Estando allí los dos sentados, miramos cómo un buen hombre con la ayuda de una pala echaba grava sobre un tamiz, hecho con un viejo somier para recuperar la arena y venderla a algún maestro albañil. Como me embelesaban los cuentos de mi bisabuela y empezaba a aburrirme. La miré y le pedí “*iaia, em contes una història?*” Dejé de mirar al arenero: “*Si et calles, et contaré la història del Pic del Frare*”. La narración empezó así: “Hace muchos años, muchos, muchos años atrás cuando la reconquista contra los moros, hubo una época donde las fronteras cristianas se encontraban por los campos detrás de esas montañas que rodean el monte de Petrer. Así que por estos alrededores casi siempre hubo tiranteces y escaramuzas militares entre los señores capitanes de las fortalezas de una y de otra parte de la frontera. Pero también períodos de tregua. En esos meses de relativa paz, los señores importantes cristianos y moros pasaban el tiempo desafiándose, organizando torneos de armas. Y sus escuderos se divertían haciendo carreras de sacos. De manera que en uno de esos momentos de paz, hubo un desafío entre los señores del Valle del Vinalopó contra los señores cristianos de la Hoya de Castalla.

En esos torneos donde según mi bisabuela se reunía la flor y nata de las doncellas moras y cristianas. A éste acudió la inaccesible y bella Jazmina, que por haber cumplido los dieciséis años. Su padre, el señor moro alcaide de las tierras y fortaleza de Petrer, la favoreció permitiéndola acompañarle al torneo que en esa primavera tendría lugar en unos campos llamados Llanos de Sax. Por el bando cristiano, el señor de la Hoya de Castalla, García Pérez fue acompañado a causa de su dolencia de gota, por su sobrino Juan Vives, teniente del castillo de Ibi, hombre de unos treinta años, gran guerreador, como malicioso, déspota, vanidoso y celoso, pues en silencio complotaba contra su tío para usurparle el señorío de Castalla y así poder atacar la fortaleza de Petrer, pudiendo, de este modo, vigilar parte del Valle del Vinalopó. Vives, del que la gente del pueblo decía que fue bautizado con sangre de lobo, en aquel torneo derrotó a sus tres adversarios, ganando el máximo trofeo que debía ser entregado por la más linda doncella del contorno. Fue Jazmina la elegida. Llegó el momento de entregar los premios, y el tal Vives, montado en su caballo y con lanza en brazo se acercó a la tribuna, hecha con dos carretas adornadas con unas ramas de pino, levantó la visera de su casco y la muchacha quedó prendada por aquellos ojos claros del tal gallardo caballero.

Aquella noche Jazmina y Vives huyeron del campamento refugiándose en la Alquería de Castellar de Alcoy donde esa misma madrugada, Vives forzó y violentó a Jazmina, abandonándola aquel mismo día. La muchacha no tuvo la fuerza de presentarse delante de su padre, avergonzada cambió un brazalete de plata que lucía en su muñeca por un borriquillo y a lomos de él, se dirigió al castillo fortificado de su primo el dignatario alcaid Tevecino en Nueva Elda, Novelda.

Dos años después de estos hechos, el dicho Juan Vives era señor de Castalla, pues hizo desaparecer a su tío y la fortaleza de Petrer cayó en su poder ya que el padre de Jazmina murió de tristeza por la huida de su hija. Entre tanto, Jazmina no perdió su tiempo y formó un cuerpo de jóvenes guerreras. Pero mi bisabuela decía que las mujeres hablan mucho y no pueden guardar secreto alguno. Hubo un chivatazo que los secuaces de Vives no tardaron en aprovechar comunicándole el inminente ataque, el día y trayecto. Pero no consiguieron saber quién les capitaneaba así que el plan que Jazmina había preparado para vengarse de la ofensa y traición que el perverso Vives cometió contra ella estaba descubierto.

Jazmina y sus mujeres soldados emprendieron la marcha hacía Castalla por el margen izquierdo del Vinalopó. A cierta altura, torcieron a la derecha por un desfiladero subiendo hasta el Arenal de *Pruna*. De allí a *L'Avaiol* des-



pués Esquinal y subieron la cuesta por un sendero de mulas que sigue paralelo la Crestería que domina el campo de Catí. Por tal sendero se encontraron con unos monjes indefensos. Éstos saludaron con la mano bajando la cabeza. Cuando los monjes se encontraban a cierta distancia, uno de ellos sacó un cuerno y empezó a dar la alarma al mismo tiempo que desenvainaban sus espadas, escondidas bajo sus hábitos de fraile. Por el lado izquierdo, surgieron soldados escondidos entre los matorrales cortándoles el paso. Jazmina y sus guerreras, se encontraron cercadas por los falsos monjes, los soldados y, por la parte derecha, la amenazadora Crestería. La lucha fue intensa y a causa de la sorpresa las guerreras caían unas tras otras al vacío completamente acuchilladas. Solamente quedó una guerrera, la más brava, pues ella sola puso de rodillas a cuatro cristianos. Se escuchó la voz de Vives que ordenó “dejadlo, este último es para mí”. Arrebató con tanto ímpetu contra el guerrero moro que éste cayó de espaldas al suelo. Vives con su arma en el pecho del caído, le obligó a rendirse y con un golpe de espada quitó el casco con visera que cubría el rostro del soldado moro. El caballero cristiano quedó paralizado al reconocer a Jazmina. Ésta lo insultó en lengua de Castalla diciéndole: “*Porc, mellandrós, cul de pastera, mata’m si ets home*”. Vives como hipnotizado, sin dejar de mirarla, dio dos pasos atrás dejando caer la espada, quedó al mismo borde de la Crestería. Jazmina, aprovechando la situación, se levantó llena de orgullo y rabia, se arrojó al vacío reuniéndose con sus fieles compañeras. Vives quedó con los brazos caídos contemplando los cuerpos dislocados de las guerreras inertes sobre las rocas desprendidas y cubierto con su disfraz de fraile, quedó allí purgando sus maldades convertido en un sillar de piedra hasta la eternidad.

“*T’ha agradat?*” –preguntó mi bisabuela. –“*Sí, sí... molt. Però han mort tots*”.

La Velleta

De cuclilla sobre la acera y jugando a los cromos, en compañía de unas niñas sobre el portal de la entrada que da a la casa del Seviet en la plaza de Dalt, escuché una voz conocida que pronunciaba mi nombre: –Vergelito..., Vergelito... Volví la cabeza en dirección de donde procedía la voz. Vi a mi bisabuela, de pie, junto a la reja de la oficina de Telégrafos, mirando los diversos grupos de niñas y niños que jugaban protegidos por la sombra de los árboles; ella, mi bisabuela, con una mano en la cadera y otra en el bolsillo del delantal, seguramente buscando el pañuelo para secar la humedad de sus ojos. Devolví los cromos que me prestó una de las niñas y me dirigí hacia donde se encontraba la *iaia mare*. Reconociéndome ya cerca de ella me apremió:

–*Ale... ale que ens n’anem al camp de la meua cosina Petrolina la del forn.*

No era prima suya. Era prima hermana de su marido, pero en aquel entonces Petrer era pequeño y la mayoría de las familias estaban unidas por algún hilo suelto de lazos familiares. Así que di la mano a mi bisabuela y nos dirigimos hacia Ferrusa, lindamos las frondosas viñas de don Eleuterio que al estar irrigadas, gracias al agua de la bienvenida daba una uva sabrosísima. Hablando por el camino de todo un poco, le pregunté por qué no íbamos al cementerio. Ni me miró, ni me dijo nada. Le di un tirón de manga y al mismo tiempo le decía:

–Que te estoy hablando. ¡Te digo que por qué no-vamos hoy-al cementerio...!

–Porque la semana pasada me reñí con mi madre y aún es-toy en-fa-da da con ella. – Me contestó precipitadamente.

–Pero si tu madre está muerta.

Dióme un coscorrón al mismo tiempo que decía:

–*Ale, camina pa avant, son coses meues.*

Comprendí que era mejor callarse y continuamos subiendo en silencio la cuesta de Ferrusa. Pasando la caseta del *Moreno*, el *Cueter*, allí cerca a la izquierda, al borde de unos bancales con almendros y olivos, me agaché a coger una piedra casi tan gorda como mi puño. La estuve observando un instante, y eché a correr con la piedra en la mano hacia mi bisabuela. Llegando a su altura le enseñé el fósil:

–*Mira iaia quina petxina del mar me n’he encontrada. ¿Me la guardas en el bolsillo del delantal?*

–*No que se m’en farà un forat en la butxaca.*

Entretanto llegamos juntos a un algarrobo que crecía entre un ribazo y, a causa del empuje de sus raíces se habían desprendido unas piedras donde nos sentamos a descansar.

Mirando el fósil le pregunté a mi bisabuela cómo era posible encontrar aquello tan lejos del mar. Me explicó que hacía muchos siglos, allí donde nos encontrábamos y mucho más que la *Velleta* estaban todos estos campos cubiertos de agua.

–*¿Y la Velleta también? ¡Entonces era una sirena!*

–*La Velleta també* –respondió– *pero no fue sirena.*

Como mi bisabuela tenía la facultad de sorprenderme, metió aun más profundo el dedo en la historia continuando con:

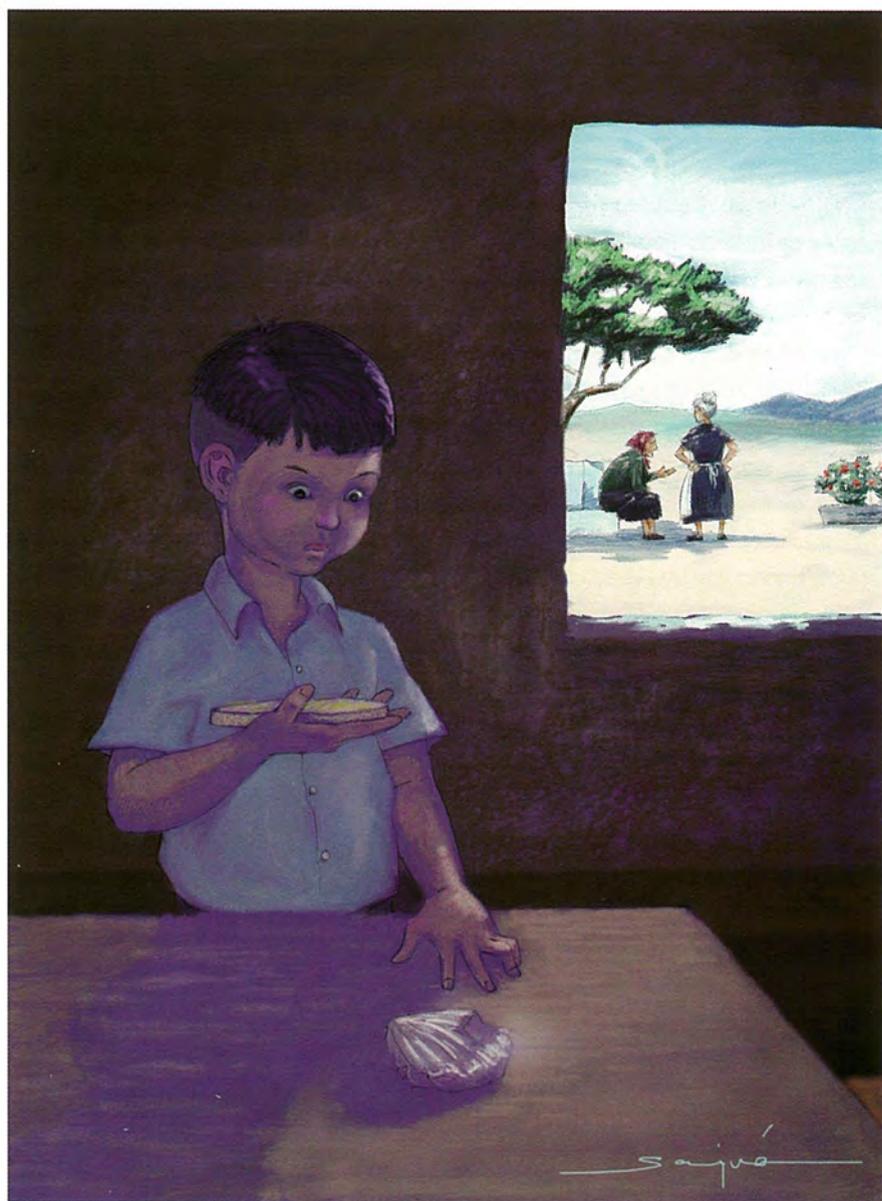
–*La Velleta es porque le han caído algunas piedras.*

–*¿Cómo a ti los dientes?* – le recalqué.

–*Me miró, compuso su pañuelo y...*

–*Si no te callas, no cuento. Además tú eres un niño y también te faltan dientes.*

Continuó de nuevo la historia. En los tiempos cuando el mar lo cubría todo, o casi todo, ella la *Velleta* era joven, muy bella y con novio. Como te he dicho no era sirena era una nereida que nació de una concha del mar como la que tienes en la mano. Se llamaba Espuma de Mar además princesa de *Saleres*, *el Perrió*, *el Racó Bell*, *el Ginebre i la Lloma Badà*. Su novio era Oanes, dios pez que vivía en el fondo de un mar lejano en un palacio sumergido, reluciente de oro, perlas, nácares y preciosas piedras; rodeado de jardines con algas y estrellas marinas. Todas las semanas, sobre todo los sábados después de haber pagado con perlas a todos los empleados del palacio, hacía aparejar su carro hecho en concha, tirado por espléndidos caballos de mar. Llegó hasta estos dominios a festejar con su novia Espuma de Mar. Muchas veces en el encuentro se acercaban hasta el Rincón Bello a merendar antes que el dios pez regresase a su palacio.



Todo no era mar. (Me advirtió mi bisabuela) Había montañas que más o menos emergían de él como la del Cid que es la más alta. En ella, en lo alto de su cumbre, vivía otro dios, primo lejano de Plutón, rey del infierno. Este celoso dios de montaña se metió un día en el mar y, buceando, fue en busca de unos agujeros que se formaron en su fondo y que Espuma de Mar hizo tapiar con piedras y estopa, para que no escapase el agua. El celoso dios, primo lejano de Plutón estuvo retirando piedra y estopa sin parar durante tres días, sudando la gota gorda. De tanto sudar transformó el agua del mar en aguas saladas. También dicen que el celoso dios, para castigar a Oanes, contrató a una sirena hechicera que moraba en la *Cova el Ull* para que encantara un molino que robó para que no cesar de moler sal y transformó la dulzura del mar en agua salada.

Cuando el malvado dios de la montaña terminó de desembozar los agujeros que se encontraban en el fondo, éstos tragaron tanta agua, que el nivel del mar bajó hasta donde se encuentran hoy las playas en la ciudad de Alicante. Unos días después cuando el novio de Espuma de Mar, el dios pez, quiso visitarla de nuevo montado en el carro de nácar, quedó sorprendido al ver que el agua se había retirado tan lejos de los dominios de su amada. Hostigando a sus caballos llegó a la falda de la Loma, la llamó varias veces y nadie contestó. Era demasiado tarde, nada podía hacer por ella. Le hablaba, pero solamente escuchaba el vacío las palabras de amor y desesperado le decía:

¡Háblame! ¡Háblame de ese pájaro que cruza el espacio! ¡Háblame del último beso que me diste! ¡Háblame del chasquido del beso a ofrecer! ¡Háblame con la gracia con que describes el amor, de la miel que guardas en tu boca, del murmullo de la brisa, del canto que ofrece la lluvia! ¡Háblame, háblame, háblame del coral, de tantas cosas sencillas, del vapor de las nubes, del viento y su danza! ¡Háblame del color... del calor, pero háblame, háblame...!

Espuma de Mar estaba allí anclada y acustodiada (de uno y otro lado) por sus acompañantes, sirenas y tritones, estrellas de mar, erizos de mar y conchas. Allí estaban inmóviles. Ya no veían, no hablaban, ya no oían.

Perdiendo la humedad por los pies, poco a poco se secaron, transformándose en fósiles. Oanes se puso de rodillas implorando a la naturaleza con el siguiente discurso:

“Loma con rocas silenciosas, vosotras que el tiempo os guarda; ríos, mares, estepas y desiertos, grandes dioses incontrolables, selvas oscuras, bosques sombríos, que en vuestras copas, flores, frutas y vida reluce a la luz de los primeros tímidos reflejos del astro sol. A ti, bella naturaleza, te pido, tú que

todo lo puedes, guardar, destruir y rejuvenecer. Te ruego, yo dios pez, que concedes a mi amada eternidad, que su luz perdure sin desvanecerse en la oscuridad del olvido. Diosa naturaleza, por lo menos que su recuerdo quede vivo.

El dios pez montó de nuevo en su carro y, volviendo su mirada hacia la loma, sus ojos azules llenos de lágrimas le irrigaron las mejillas. Le mandó un beso de despedida con la mano que tantas veces había acariciado los labios de su amada Espuma de Mar.

Oanes, el dios pez, regresó a la orilla del mar. Diose cuenta que algunos de sus caballos, por no estar acostumbrados a galopar entre tierra y guijarros tenían los cascos maltrechos. Los dejó allí en una pequeña pradera que se formó cuando el agua del mar se retiró. Hoy en día la pradera se llama Plaza de los Luceros en Alicante y si os pasáis por ella, veréis los caballos junto a una fuente. Después de aparejar de nuevo su carro con los caballos disponibles, esta vez sin volver la cabeza, se adentró en el mar sumergiéndose.

El dios pez se refugió en su palacio y allí terminó su existencia con el implacable tierno recuerdo de su amada Espuma de Mar. Cuando mi bisabuela calló, escuchaba mi corazón palpar. Ella lo contaba con tanto fuga... Estuvimos unos instantes mirando el horizonte sin decirnos nada y, de momento, reaccioné preguntándole con impaciencia:

–Y al malo, ¿qué le paso?

–Al malo, dios de la montaña, un día vino un primo, ya lejano, a hacerle una visita y como era el rey de los infiernos, se le escapó una chispa que prendió fuego a todo el campo quemándole la camisa. Se fue a Alcoy a comprarse tela para hacerse una y aún no ha vuelto.

–¡Qué cosas pasan verdad *iaia!* – añadí yo.

Emprendimos de nuevo el camino hacia la casita de la prima Petrolina, y unos minutos después, Petrolina y mi bisabuela daban buen tren a la conversación sobre las malas lentejas que *Sento*, el de la tienda, había repartido con los cupones de abastos. Yo, ajeno a ello, sentado sobre un pedazo de tronco de almendro y con una rebanada de pan blanco, cosa rara en ese entonces, untada con aceite de la almazara más pulverizada con azúcar, me deleitaba dando bocados a tan suculento manjar.

La *Vellea* brillaba a mis ojos más que otras veces como diciéndome “Vergelito, ahora ya conoces mi historia, no me olvides.” Por eso yo cuento la historia que me contó mi bisabuela, y cuando camino por el campo de Petrer, si encuentro un fósil, lo recojo, lo miro y pienso que tal fósil habría podido ser también un primo lejano de Espuma de Mar, como lo es mi bisabuela con Petrolina. Así que lo deposito donde lo encontré y sigo el camino pensando en la *Vellea*.



Catí y su ermita

A ferrada a la sogá que pendía de la cigüeña de su eje, la campana, por su pulido, brillaba de un color verde bronce en lo alto de la blanca encalada fachada de la recién inaugurada ermita. La joven doncella esperaba la señal del herrero, que subido sobre las pizarras del tejado, fijaba el último remache de hierro ardiente al cabezal de la campana, sirviéndose para ello de dos medianos martillos de acero. Y terminando de remachar la cabeza del clavo aun humeante, el herrero recogió sus herramientas dentro de una espuerta de esparto, se lo echó a las espaldas y, con precaución, bajó por una escalera con barrotes de madera apoyada contra la pared. Fue hacia la entrada de la ermita y ya en el portal, le gritó a Clara —*Nena, estira de la corda!* Primeramente se escuchó un tímido “tín”, luego un “tilín” seguido de unos “tilines...” que se convirtieron inmediatamente en una revuelta de “tilines” y “tilines” inundando el adornado valle de Catí con los millones de pétalos de las flores de los cientos de cerezos. Clara la *Nena* ya cansada pasó la sogá a un pastorcillo que, paciente, esperaba su vez. La moza salió del portal de la ermita aireándose con las palmas de sus manos las sonrosas mejillas debido al esfuerzo. Se compuso su falda y al levantar los brazos para enderezar el sombrero de dorada paja que lucía por encima de un florido pañuelo, sus ojos encontraron el rostro de un mozo, ¿qué había pasado con su boca torcida que lo afeaba? La muchacha estaba tan acostumbrada a él que no se dio cuenta del cambio. Lo cierto es que sus labios continuaban torcidos. Pero esta vez era que su boca alboreaba una feliz sonrisa. Se acercaron los dos jóvenes y saludándose con apenas un “hola”, se dirigieron hacia unas menudas encinas que crecían encima de unas peñas cubiertas de musgo. Clara y Elías tenían por costumbre encontrarse en aquel lugar donde pasaban momentos de confianza, de amenas charlas y, sobre todo, donde empezó Elías a enseñar a leer y de números a la entonces jovencita *Nena*. Clara, al lle-

gar, cortó un tallo de hinojo silvestre que crecía junto a las desnudas raíces que corrían medio escondidas entre las grietas de las grises peñas y con disimulo le acercaba la ramita de hinojo hacia la oreja. Elfás alcanzó la mano de la joven impidiendo así que le hiciese cosquillas e inclinándose hacia clara, Elfás intentó besar sus mejillas. Clara las desvió.

Así fue como empezó a contar mi bisabuela la construcción de la ermita situada en la ladera llamada “La Cadena” frente a las casas del campo de Catí, conocidas como las de la Administración.



En los años del Señor 1606, los campos de Petrer, en unos días quedaron vacíos, silenciosos, sin ladridos, ni rebuznos de asnos, ni canto ni oración, nada. Sus moradores habían desaparecido y sólo se escuchaba el arrullo de una paloma sobre la teja desmontada de las casas abandonadas. O el rápido revoloteo del despliegue de una alondra.

En el pueblo, las casas que ocupaban el interior de la aljama, se encontraban vacías, cerrados sus puertas, ventanas y postigos. Ni risas, ni gritos de los niños corriendo por sus cuevas y peñascos. Solamente en el exterior, contra las defensas, lindando el camino de Agost, unas cuantas casonas junto a las tapias de los corrales de animales cabríos y lanar de las familias de labradores cristianos viejos de limpia sangre. En ellas vivían unas catorce personas y un moro converso sin familia, albañil y carpintero de profesión, que con la complicidad de un vecino cristiano se escondió en la profundidad de la mina del agua, no saliendo hasta que fueron a avisar de que las galeras del señor conde hacía tres días que habían salido para Tánger. El alcaide con sus dos hijos y tres soldados que aburridos jugaban a los naipes sus míseros sueldos. En total unas veintiuna personas, unos cuantos perros abandonados, flacos y llenos de parásitos, algunos gatos refugiados en los pajares y bandas de negros grajos. Las dos familias de cristianos viejos se encontraron del día a la mañana simplemente abandonados. A mediados de agosto del año 1611 empiezan a acercarse las familias sin tierras que habían sido elegidas en el reparto de las heredades y suertes. Más tarde estas familias, hicieron construir en 1614 una ermita dedicada a San Bonifacio Mártir bajo el reinado de Felipe III.

Terminada la campaña del traslado de los moriscos a tierras africanas, Don Antonio Coloma regresó de nuevo a Alicante y a su señorío a atender sus tierras y de las pocas familias que en ellas quedaron. El señor conde pidió ayuda a las autoridades del Virreinato Valenciano que con los notarios y algunos almo-

tacenes, quedó el señorío de Petrer completamente parcelado, esperando a los nuevos agricultores que con hazaña, darían vida a todo el término petrerense. Unos cuantos años después, al destierro de los moriscos, Don Coloma, conde de Elda, fue de nuevo requerido por su Excelencia el Rey, para que se hiciese de nuevo cargo de armar las galeras y trasladar parte de la flota hacia las costas portuguesas, llegando al puerto de Figueira de Foz y proteger Coimbra.

Dejando las naves seguras al mando de sus competentes oficiales, Don Antonio Coloma, dueño del señorío de Petrer, conde de Elda y del lugar de Salinas, desembarcó dirigiéndose al monasterio de Guadalupe en tierras extremeña para dar gracias a la Virgen por la ayuda que recibió de ella a llevar a bien tan ingrata misión impuesta por su rey Felipe III.

Estando allí en la población de Guadalupe, se presentó pidiendo ser recibida, una mujer acompañada de su hijo mayor. El señor conde después de haber sido informado sobre quién era la señora que pedía audiencia, la recibió con gran diligencia y agrado, ya que se trataba de la mujer de un oficial licenciado, que había servido en Galeras bajo sus órdenes. Esta, Doña Enriqueta, contó al señor conde los tres años de enfermedad de su esposo que para poder curar tuvieron que malvender las tierras que poseían, quedándoles una choza, una borrica, una carreta y un par de bueyes. Con ellos, sus hijos hacían algunos jornales a propietarios de tierras. Que su esposo continuaba débil, sin fuerzas, y el escaso sueldo de soldado licenciado no llegaba a cubrir los gastos de médicos y remedios. El señor conde la escuchó en silencio y con interés preguntándoles qué podía hacer él por su familia. Enriqueta dijo que unos amigos de su esposo en Yuste, estaban enterados de que en su señorío, en el levante, habían quedado tierras libres y sus dos mayores sabían trabajar la tierra y tenían la esperanza que su esposo mejoraría en tierras más secas, si sería posible que les prestase algunas libras para el viaje y que ellos lo devolverían con creces cuidando y produciendo las tierras. Don Coloma vio en la señora Enriqueta mucha determinación y sinceridad, y en el joven reconoció la firmeza de su padre, el oficial de galeras que tanto servicio rindió a su rey. No lo pensó mucho el señor conde para hacer una proposición:

—Doña Enriqueta — dijo el conde — tengo una heredad libre. Es de secano pero con un poco de agua para hortalizas. Hay almendros, también algunos frutales, el trigo y la cebada, si hay lluvia se da muy bien. Hay casa corral y era. Está alejado del pueblo, si ustedes se establecen estamos seguros de que otras familias ocuparán las tierras lindantes. Si están dispuestos a hacer el camino hasta el levante, será para mí en reconocimiento y recuerdo de su esposo que Dios guarde, un deber ayudarles.

La señora quiso besarle las manos. El señor conde la detuvo con suavidad y echando mano en su bolsa, les entregó unas monedas diciendo:

—Tome usted estas monedas y cojan posada, descansen y piénsenlo bien, si les conviene la proposición, vuelvan ustedes mañana.

4 de mayo del año 1616. Una mujer acompañada del hijo mayor, se presenta ante el cuerpo de guardia en la fortaleza de Petrer. Ella lleva en la mano un pliego de papel sellado con las armas del señor conde de Elda. Pide hablar con el alcaide. Éste, después de leer la misiva, llama a un soldado pidiéndole que le prepare un caballo y que estará de vuelta al anoche, pues tiene que acompañar a una nueva familia de emigrantes al campo de Catí e informar previamente al procurador general y baile del señor conde entregándole un pliego con instrucciones escritas personalmente de la mano del señor de la baronía de Petrer, Don Antonio Coloma.

Aquella noche, toda la familia durmió en el interior de una casa sucia por el abandono de casi siete años, pero era una casa. El siguiente día, al atardecer llegó el justicia de Petrer, acompañado de un carretero transportando en su carro unos sacos de harina, cereales, unas libras de tocino magro en adobo y algunas frutas. El justicia entregó al señor Silvestre, marido de Enriqueta, setenta libras de dinero que le confió el procurador del señor conde y como convenido, tendría que hacerles reconocer los límites de la hacienda. Como se hizo tarde, después de cenar, el carretero en compañía del justicia pasaron la noche durmiendo envueltos en una manta en el pajar sobre un poco de paja que aún quedaba en él. Aquel fin de primavera y verano fue duro para toda la familia. La casa se encontraba sucia, la cuadra sucia, el corral abandonado, lleno de cardos borriqueros y malas hierbas. En los bancales, a causa del abandono, varios de los almendros y frutales se encontraban muertos o maltrechos. El pozal derruido y en su fondo, apenas dos palmos de agua.

Empezaron por el pozo sacando del fondo los escombros, remontaron parte del pozal derruido con sus pilas de piedra, cortaron los enredados zarzales que obstruían el manantial que alimentaba el pozo y continuaron con la labranza al compás de los zumbos que colgaban del collarón de los bueyes. Recogieron higos que hicieron secar y algo de almendra.

A finales de octubre, gran parte de la hacienda estaba preparada para recibir la lluvia que haría crecer los cereales y el estiércol recogido daría vida a frutales y hortalizas. Toda la esperanza de la familia se concentraba en la próxima cosecha porque si la almendra dio pocas arrobas la fruta ni los pájaros probaron.

El procurador les visitó dos veces aquel verano quedando satisfecho en el trabajo realizado en la hacienda. Les comunicó que en el pueblo tenían una casa no muy grande con corral lindante, cerca del camino de Agost. Les entregó las llaves de la casa y de debajo de su faltriquera sacó una bolsa de monedas que puso en manos del cabeza de familia.

Antes de despedirse el procurador, Silvestre (padre) le pidió permiso para hacer carbón vegetal. Les concedió permiso para ello prometiéndoles que les mandaría un documento firmado y advirtiéndoles de no cortar árboles pues el carbón debía de hacerse con las ramas y árboles muertos.



Con unas cuantas libras en el bolsillo de la suma recibida, Silvestre (hijo) dio una vuelta por Petrer para conocer la casa en el pueblo y en la plaza de Dalt, compraría algunas gallinas y un gallo, media docena de conejos, cuatro ovejas preñadas y dos cabras, si le llegaba el dinero.

Vio pasar cerca al justicia, que con ojo experto y haciéndose en desentendido, controlaba las mercancías y a los mercaderes. Silvestre, con mucha amabilidad le saludó:

–Buenos días tenga usted señor el justicia.

–Muy buenos se los dé Dios Silvestre. ¿Haciendo compras? Espero que Dios guarde a su familia con buena salud.

–Gracias justicia. Algo cansado de tanto trabajo en la tierra. Mi padre es el que se encuentra más afectado. ¿Podría usted indicarme la casa del médico?

–De momento, el señor médico está en Monóvar durante tres días. Así que el próximo jueves lo podrás encontrar en la casa del lado izquierdo del ayuntamiento hasta el sábado. Y la semana siguiente, a partir del lunes dará consulta durante otros tres días en Elda.

También le informó de una probable inspección a unas tierras lindantes a las de sus padres, pues había la posibilidad de que otras familias las ocupasen.

Silvestre preguntó por un albañil, y el justicia le encaminó hacia la casa de Planelles, el tío *Cuca*, pues el *Moro* le estaba levantando una pared en el corral. Como se hacía tarde pensó que era más conveniente marcharse hacia Catí y que otro día se enteraría de quién era el tío *Cuca* y el *Moro*.

Planelles, el *Cuca*, está casado con Ramoneta. Tiene cinco hijos. Tres varones y dos hembras. Clemente, el mayor de los hijos casado con Elvira y

viven con el *Cuca*. Ramona, casada con un labriego y viven en Elx. Jaime, Elías y Paca son solteros.

Pasaron unas semanas desde la compra de los animales que dieron movimiento al vacío corral. Silvestre decidió volver al pueblo con sus padres, enseñarles la casa y que el médico reconociese a su padre.

El joven Silvestre se preparaba a descargar el primer carbón que produjo cuando pasó Pep, el justicia, armado con escopeta y quedó allí hablando con el señor Silvestre que entre tanto le contó cómo había podido obtener las tierras en Catí. El justicia quedó muy honrado de estar en compañía de un oficial de la marina del rey. Les propuso que contasen con él pues entre militares siempre ha habido mucha fraternidad. Le informó de que el médico había llegado el día anterior de la vecina población de Elda y que el consultorio duraría tres días. Les preguntó si habían visto gente por los campos, si era así, les aconsejó que tuvieran cuidado pues él había tenido que armarse a causa de los muchos robos que se producían por gente de mal vivir.

El señor Silvestre le agradeció la información pero él, como soldado, había adiestrado a sus dos hijos en el manejo de la daga y las armas de fuego. E incluso su mujer podría servirse muy bien de la escopeta que pendía en su espalda. Terminó el joven Silvestre de descargar el carbón, después de lavarse se aseó y se dirigieron los tres a casa del médico, éste después de consultar al señor Silvestre le recetó inhalaciones con hojas de eucalipto que podía comprar en casa del boticario en Elda. Pero le recomendaba sobre todo mucho descanso y que no enfriase.

Los padres del joven Silvestre, se marcharon a Catí con la burra por si el padre se encontraba cansado y él espero en la casa a un carretero de Elda para llevarse media carga. Así que aprovechó para ir al boticario y al mismo tiempo hablar en castellano.

Cuando regresó al pueblo, fue a casa del tío *Cuca* a ver si encontraba al *Moro*. Cuando llegó a ella, la puerta del corral estaba abierta y al entrar se encontró con una linda joven no muy alta, de tez morena, que con los brazos en alto y de puntillas tendía en una cuerda, atada en dos estacas cogidas a la obra de la pared, la ropa mojada que terminaba de enjuagar.

Silvestre se dirigió a la joven doncella con unas:

—Buenas tardes, señorita. Perdone usted, busco a un albañil llamado el *Moro* y parece ser que trabaja en la casa.

Paca, es así como se llama la graciosa hija del *Cuca*, quedó un poco ruborizada por el inesperado “buenas tardes, señorita” de tan apuesto *home*. La joven balbuceó hablándole medio castellano y valenciano:

—Bo... buena *tardor tinga usted*, la pared ya está acabada y el *meu padre està arrigant* la huerta. Pero el *Moro viu* al *costado* de su casa. Mire *vosté si està* allí.

Silvestre, con una discreta sonrisa en los labios, dio las gracias a la azorada Paca y desapareció por la puerta. La moza dio un amplio suspiro de alivio y con la blusa mojada en las manos, se dijo que aquel *jove era molt guapo*. ¡Qué lástima que no hablase el *valencià*!

Silvestre volvió a su casa del camino de Agost. En el portal se encontró con un tendero del pueblo que le esperaba para negociar la media carga que le quedaba de carbón. Fue bien vendida y con los reales valencianos que le aportaron las dos medias cargas, se sintió satisfecho del peso que notaba en su bolsa. Pero aún no había dado con el *Moro*. Éste se presentó al anochecer en casa de Silvestre preguntándole si era él el hijo del *Oficial*. El joven le respondió que no. Él era el hijo de Silvestre Pizarra. El *Moro* le explicó que en Petrer todos tenían un mote y ellos eran los *Oficiales* de Catí. Seguro que el justicia en su recorrido por el pueblo, puso al corriente a causa de la importancia que se daba el codearse con un antiguo oficial de la marina del rey, a todas las gentes que se cruzaba de su conversación con el cabeza de familia de los nuevos ocupantes de una de las partidas en Catí.

A Silvestre no le disgustó el nuevo nombre y quedó de acuerdo con el *Moro* para reparar el tejado y la puerta de entrada de la casa. Comió una rebanada de pan con tocino. Cuando terminó la fugaz cena se acostó sobre un jergón relleno con panochas de panizo que le prestó el *Moro* y se durmió pensando que había sido un buen día pues había hablado con una joven que le había hecho sonreír, vendido todo el carbón, concluido el acuerdo con el vecino y veintidós años más tarde le habían bautizado de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando llegó a Catí, fue hora de comer y todos reunidos alrededor de la mesa saborearon un guisado de patatas con conejo, atrapado gracias a un lazo que apartó el *Oficial* entre unas matas. Silvestre contó lo ocurrido el día anterior, sobre todo cómo les nombraban en el pueblo.

Padre, es el *Oficial*. Madre, la *Oficiala*. Pedro y yo los hijos del *Oficial* y la *Nena* la *Oficialeta* esto último lo pronunció en valenciano.

A Clara, eso de *Oficialeta* no le hizo mucha gracia, pues hizo un desagradable respingón y todos se echaron a reír.

El final del otoño fue lluvioso, el invierno en Catí, como siempre, frío y con nieve; en marzo y abril hubo lluvias que los cereales aprovecharon pujando con fuerza. Los almendros y frutales, al ser podados y fertilizados con estiércol de las cuadras y del abandonado corral, éstos árboles lucían vigoroso-

sos, sus yemas hinchaban con ganas de descubrir los pétalos de la flor que daría el fruto.

—¡Esperemos que no haga daño el granizo! Era la exclamación del padre cuando aparecían amenazantes los nubarrones procedentes de Castalla.

Hubo piedra mezclada con lluvia a finales de abril y la *Oficiala*, Enriqueta, sacó a la calle todos los trébedes colgados en la campana del hogar, dejando solamente el que soportaba el puchero de tiesto donde cocían los garbanzos sobre la lumbre.



Mirando fijamente a mi bisabuela le pregunté: *—Iaia, per què sacaven els ferros del foc al carrer quan caía pedra?* Respondiéndome que era una costumbre de los campesinos porque el granizo, al ver los trébedes cree que hay fuego y como no quieren quemarse con el fuego pues se derrite y así apagan el fuego antes.

—Ah! Bo! —exclamé *—Però què més?*

—Ai! Este xiquet em tornarà tonta, en el què més i què més! Van fer un hort per a plantar faves, cebes, pebreres i tomates, de tot el que es planta en un hort.

Y mi bisabuela siguió contando...

A finales de mayo repararon los trillos, los rulos estriados, horcas, avientos y hoces. Limpiaron la era para depositar en ella las mieses recién segadas y poder extender la parva que con los bueyes, rulos y trillos quebrantarían. Luego, formando un largo parvero, lo ventarían sirviéndose de las horcas para separar la paja y recuperar el grano.

Enriqueta y sus dos hijos trabajaron los tres intensamente durante meses, se encontraban extenuados pero el grano estaba ensilado, repleto el granero de un cereal dorado, brillante y redondo que daría cantidad de harina en el molino.

Silvestre y Pedro cargaron dos sacos de trigo en la carreta y en el primer molino que encontraron en la rambla molieron el grano. El molinero metiendo la mano en el saco que recibía la harina molida, la comprobó echándosela a la boca, los miró confirmándoles un:

—Bona farina teniu! El grano es excelente, os aconsejo, si queréis vender grano a buen precio, ir a la taberna de Elda y preguntar por Ximo.

Con los sacos encima de la carreta llegaron a Petrer. Los dos jóvenes se dirigieron a casa del *Cuca* a ver si estaba y les podía informar de dónde podían comprar unas mulas pues uno de los bueyes empezaba a flojear. Lo encontraron limpiando ajos y haciendo ristras de cuerda con ellos. Éste les

prometió que cuando viese al burrero le hablaría del caso. Se despidieron del *Cuca* y, al salir a la calle, cedieron el paso a Paca y a su madre, que llegaban de la huerta con un cesto medio lleno de tomates y algunos alcı́cocos. Silvestre, como sabı́a quién era la joven, la saludó con:

–Buenos días, Dios las acompañe.

–Que los tengan ustedes también –respondió Francisca, la madre de Paca–.

Estando ya las dos mujeres dentro de la casa, la madre dijo a la hija:

–*Quin jove ben educat.*

–*A més de guapo* –su hija contestó–. A la mirada directa de la madre. A Paca se le sonrojaron las mejillas.

–*Sı́, i guapo* –continuó apoyando la madre mientras sonreía– *guapo és el xic.*

–*Mare, calle's que m'està sofocant.* – contestó Paca con los ojos caídos mirando al suelo aún sonrada.

–*Això és perquè t'agrada el fill de l'Oficial.*

Paca salió precipitada de la cocina y se fue al corral, a echar algunos granos de panizo a las gallinas. Allí sola en el corral mirando cómo picoteaban las aves, el mijo, se dijo que seguramente pensaba demasiado en el hijo del *Oficial* tal y como decía su madre.

Recorrieron un corto trecho cuando del portal del *Cuca* salió un jovenzuelo que los llamaba... ..Oigan, oigan ustedes–. Cuando llegó a alcanzarlos les dijo: –Soy Elías, mi padre dice que buscan al burrero. Lo vi no hace mucho rato en la puerta de la taberna hablando con José María el *Manco*.

Muchas gracias Elías, un placer conocerte, voy inmediatamente a ver si doy con él.

Unos instantes después el joven Elías volvió la cabeza y al mirarlos vio cómo los hermanos se hablaban y se separaban en dirección opuesta. Pensó que le gustaría ser amigo de esos dos hombres que le causaban respeto.



Pedro, con un saco y unos cuantos kilos de trigo a cuestas fue a negociar con Ximo el precio del excelente grano que poseía, concluyendo rápido el trato. Catorce sueldos la “barchilla” de trigo, el centeno lo negoció con diez sueldos, por la cebada, le aconsejó que esperase pues se había dado mucha y el precio estaba bastante bajo. Si pudiesen esperar dos meses, los alemanes la pagarían más cara.

Una vez concluido el trato, Pedro fue a visitar al señor procurador general del conde a darle cuenta de la buena cosecha y ver con el colector. El procurador le hizo pasar al despacho, le dijo así:

–Mira Pedro, por el colector no tenéis que preocuparos, lo importante es que terminéis de labrar los bancales que aún os quedan baldíos en vuestras tierras. Los proyectos del señor conde es que toda la tierra campa vecina a vuestra propiedad sea cultivada. Así que, para ello se necesita de algunas familias dispuestas a trabajarlas, y que se ocupen las casas de los alrededores. A estas nuevas gentes hay que administrarlas, de modo que el señor conde está de acuerdo con mi proposición de que.... En fin, ya has cumplido veinte años. Sabes de cuentas, leer, escribir. Seguro que entiendes ya el valenciano, conoces el trabajo en la tierra. La prueba es la que tengo delante, con pocos medios y mucho trabajar, un pedazo del campo en Catí vive de nuevo.

Pedro se excusó explicándole que había trabajado mucho desde la llegada pero el solamente había hecho lo que su hermano mayor mandaba y creía lo más acertado.

–Muy bien Pedro, me parece muy bien, –respondió el señor procurador– pero lo que tu hermano te enseñó y mandó será lo que tú mismo tendrás que hacer con las familias que pueblen todas las partidas de Catí, ya que estas gentes no serán dueñas de las tierras que cultiven como lo sois vosotros y necesito un administrador competente y honrado que me ayude a sacar esas tierras del letargo en que se encuentran.... Y vuestro padre, ¿se encuentra bien?

–Mi padre fue de visita al médico, le recetó algunos remedios pero sigue sin poder ayudarnos y eso le desespera.

–Entonces no podéis contar con su ayuda. Tendréis que emplear algún peón ya que brazos no van a faltar pues a Elda y Petrer está acudiendo mucha gente buscando en qué faenar. Consúltalo con tu familia y la próxima vez que te acerques al pueblo, ven a comunicarme la decisión.

Los dos hermanos se reunieron ya tarde en la casa en Petrer. Pedro dio cuenta del acuerdo con Ximo, el negociante en cereales, el precio del trigo y del centeno. Por el transporte, Ximo mandaría dos carros para trasladar el grano a su almacén.

Sobre la visita al administrador, a su hermano sólo relató la buena de que le dispensaban del colector pero no, la proposición de administrar las tierras que próximamente serían puestas en cultivo.

Silvestre, por su parte, le habló del quemazón de tripa que le causó la copa de aguardiente que aceptó mientras hablaba con el burrero al tiempo que



éste le prometía encontrar un buen par de mulas ya acostumbradas a la labor por unas cien libras. Por el buey el comerciante le propuso venderlo a la carnicería, pero primero tendría que enterarse del precio en la lonja de Alicante, ya que un animal de la talla de un buey para las dos poblaciones de Petrer y Elda era demasiada carne.

Una semana esperó Pedro el comentar a su familia la proposición que le hizo el procurador del señor conde. Dio la noticia un anochecer cuando reunidos se encontraban cenando alrededor de la mesa. Cuando Pedro terminó de hablar continuaron comiendo en silencio y, al finalizar, el padre retirándose un poco de la mesa, plegó su navaja, al mismo tiempo que decía:

—No sabemos dónde nos llevará la propuesta. Pedro no puede negarse, porque tal deseo, por parte del conde es más una orden que una proposición.

—Quizás sea para bien —añadió la madre—. Si las tierras se ocupan tendremos compañía y no estaremos tan solos. Nos podríamos ayudar ¿no? ¿Tú qué piensas hacer, hijo?

—Pienso que padre tiene razón, que es más una orden y a parte de que usted no estaría sola como mujer, la *Nena* encontrará otros niños como ella entre las familias. Pero pienso que el tiempo que pase atendiendo la administración no lo podré emplear en nuestras tierras. Después de todo creo que algunas ganancias sacaremos y como dice el baile: braceros hay muchos que por la comida y unos cuantos sueldos podríamos emplear uno o dos muleros que nos ayuden a terminar de labrar las parcelas que quedan baldías. Además todo este proyecto que se lleva el baile creo que tardará unos cuantos meses. Las casas están en muy mal estado y antes tendré que buscar albañiles.

—En fin Pedro, —afirmó el padre— por lo que dices entiendo que la decisión la tienes tomada y bien pensada. La próxima vez que descendáis al pueblo o cuando tú creas conveniente, Pedro, acércate a casa del señor conde a aclarar con el baile el trabajo que te incumba en el hacer y tu responsabilidad en ello.

Al viejo oficial le dio una crisis de tos levantándose de la silla se dirigió tosiendo como un carretero hacia la calle, seguido por cuatro pares de ojos que lo miraban preocupados.



Pedro fue en busca del *Moro* ya que las casas abandonadas en Catí tenían necesidad de ser reparadas antes que se presentasen los ocupantes que prometieron trabajar las tierras. El espabilado converso que es un poco... bastante cotilla quiso enterarse de cómo y de qué manera le nombraron administra-

dor de las casas y de todas las partidas de tierras. Pedro, sin darle importancia, le explicó que fue cosa del baile del señor conde, pues necesitaba ayuda y él como se encuentra cerca, le iba a echar un capote. El viejo albañil, dándole unas palmadas de satisfacción en las espaldas, murmuró:

—Así que eres un hombre importante.

—¡No me vaya usted a bautizar de nuevo!

—No hombre, no te bautizo a ti, pero seguro que vuestra hacienda se nominará la Administración de Catí.

—¡Venga!, como usted quiera, pero dígame cuándo sube a visitar las casas.

—Mañana subo a ver qué se necesita. Luego, cuando termine con los vuestro en el pueblo, empiezo en Catí.

Entre palabras sueltas y bromas del *Moro*, éste le contó a Pedro que Elías, uno de los hijos de Planelles, el *Cuca* había tenido un tropezón y se encontraba bastante magullado. Al parecer cayó del carro y las ruedas le pasaron por encima haciéndole una profunda herida en una pierna y estropeándole las espaldas. Lo grave es que la herida está infectada y el médico que han traído de fuera cree tendrá que cortar la pierna por evitar la gangrena.

Cuando Pedro llegó a Catí, comentó a su padre el accidente ocurrido al hijo del *Cuca*. El *Oficial*, sentado en una silla bajo el parral, escuchaba con interés, se levantó y mandó a Pedro que fuese a buscar unas matas de ruda silvestre, pero antes que le ayudase a aparejar la burra pues bajaba al pueblo a visitar al joven Elías.

Ya el *Oficial* en casa del *Cuca*, quiso hablar con él para que le dejase ver al joven y examinar la herida. El *Cuca* vio al *Oficial* tan firme en su empeño que le acompañó a la alcoba donde el joven posaba con gran fiebre, descubrió la herida y después de un pequeño examen, le preguntó cuáles eran las intenciones del médico. Clemente, cogiendo del brazo al señor Silvestre, le sacó de la alcoba, explicándole que tendrían que cortar pero que no daba esperanza de que viviese a causa de las costillas, pues las tenía hundidas impidiéndole respirar.

—Mire usted Clemente, yo como oficial de marina de guerra he visto en mi vida de marino heridas más graves de la que tiene su hijo en la pierna. Así que, si no cortan gangrenará y su hijo morirá. Si cortan en el estado que se encuentra no soportará la operación. Le propongo que aparejen ustedes un carro, dispongan un par de colchones para transportar el joven hasta mi casa. Le prometo que la pierna de su hijo sanará. Sólo necesito manteca de cerdo o grasa de caballo y unas libras de tabaco. También que manden durante unas

semanas una sirvienta para cuidar del muchacho ya que mi mujer tiene mucho que hacer y mi hija sólo cuenta con once años. Además tendré necesidad de unos lienzos limpios y finos.

La mujer de *Cuca* y su hija, estaban presentes en la conversación que mantenían los dos hombres. Paca cortando la palabra interrumpió al padre:

–Déjeme ir padre. Perdón padre, por favor, déjeme acompañar a mi hermano.

La madre añadió:

–Déjala marchar Clemente.

Paca fue ligera hacia su baúl donde guardaba su ajuar y sacó dos sábanas de hilo fino que aún no habían sido bordadas.

Cuca mandó enganchar un par de mulas al carro, mientras las mujeres se ocuparon de acondicionarlo y escoger algunas prendas de vestir, el dueño de la casa fue en busca de lo necesario para componer la mixtura del unguento.

De vuelta a Catí, acomodaron a Elías en una habitación con luz. Paca dormiría en la alcoba cerca del joven lisiado. Enriqueta fue al pozo a por agua fresca y mandó a la joven “un poco cohibida” que pusiera paños de agua fresca sobre la frente del hermano a quien, por el cansancio del trayecto, le había subido la fiebre.

Vertieron agua en un puchero añadiendo tabaco y ruda. Colocaron el puchero sobre el fuego dejándolo que hirviese durante un cierto tiempo. Lo dejaron enfriar para mientras macerara el tabaco fuera soltando toda su fuerza y la ruda la esencia de sus glándulas. Luego vertieron la infusión, previamente filtrada, sobre la manteca en un cuenco y con una cuchara de madera revolviéron el mejunje formando una untosa mezcla que el viejo marino llamaba unguento del “sapo”.

Paca, mientras tanto, cortaba bandas de lienzo fino de sus sábanas, con ellas y agua templada, anteriormente hervida, limpiaron la maltrecha pierna de Elías y el *Oficial* untó con delicadeza sobre la lesión el unguento que tantas veces había visto salvar manos, miembros y vidas de los maridos heridos en batallas o en accidentes sobre las galeras reales. El improvisado enfermero, con prudencia, saneaba todos los días la herida aplicándole el remedio. En una semana, a Elías la infección y la fiebre le empezó a desaparecer, la herida quedó limpia empezando a cicatrizar desde el interior y en unos cuantos días el joven empezó ya a sonreír viendo como su hermana y Clara llevaban una intensa lucha con las moscas impidiéndoles que se infiltrasen en la habitación.

A Paca, al atardecer, cuando ya había terminado de atender a su hermano, le gustaba esperar con impaciencia el regreso de los dos mozos de la casa. Sobre todo de Clemente, que después de colgar la azada, se refrescaba en la pileta con agua del pozo y descansaba sentado en el portal de la casa comentando con el hermano el trabajo que tenían que realizar por la mañana. La joven escuchaba con avidez el reposado castellano que hablaba Clemente y el timbre de su voz, en los oídos de la joven, sonaba como una estrofa musical.

Entre ella y Clemente, a veces en la mesa, se cruzaban algunas palabras pero él era tan distante y ella tan tímida en presencia del hijo del *Oficial*, además ella el castellano lo hablaba tan mal...

Al contrario, Pedro tan complementario con su hermano en el trabajo, y tan diferente en el carácter. Pedro es abierto, de alegre contacto con las gentes, con ellas palabrea fácilmente y su voz impone un natural respeto. Intenta hablar el valenciano cuando se le da la ocasión y lo entiende muy bien.



Después de dos meses pasados en la incertidumbre y esperanza, sabían que Elías no moriría a causa de la infección en la pierna herida, pues empezaba a formarse en la lesión una piel trasparente y rosada que al final dejaría, al cambio de vivir, una horrible cicatriz.

El tío *Cuca* y Ramoneta, los domingos, después de oír misa de seis, se encaminaban hacia Catí con la cesta llena de vituallas que ese día compartían entre sus dos hijos y la familia del *Oficial*. Entre un vaso de vino va y otro viene, mas el escuchar al hijo que creía perdido reír de las bobadas del padre y participar alegre en la conversación, al *Cuca* se le escaba alguna tonadillas de las picantes que Enriqueta reprendía con: *—Mira que ets burro!*

De regreso al pueblo, Ramoneta, subida sobre el carro, al lado de su marido sollozaba y sollozaba a lo largo del camino y el *Cuca* nervioso le reprochaba que en vez de estar contenta no hacía más que llorar. Y es que Ramoneta, ella misma no sabía el porqué de tantos lloros. Seguramente por la alegría de ver a su hijo en vida y porque estaba contenta simplemente, por eso lloraba.

En una de las visitas que sus padres hicieron a Elías, el *Oficial* tuvo una nueva entrevista con ellos. Les contó que a causa del fuego de San Telmo, un marino subido en la verga de una vela cayó sobre el puente del bergantín estropeándose las espaldas y recordaba muy bien cómo el cirujano de la escuadra de galeras y un carpintero, le fabricaron un corsé con unas lonas de

vela y unas finas láminas de madera. Les propuso probar de nuevo, si con un aparejo similar, Elías podría mantenerse de pie facilitándole con ello la respiración. Seguro que se recuperaría de la extraña parálisis que le desfiguraba el rostro y destruía los músculos en sus miembros que parecían secos y sin fuerza. Para preparar el caparazón que cubriría el torso y espalda de Elías, el *Oficial* tendría necesidad de tres fajas de mujer con refuerzos de ballena. Clemente el *Cuca* cedió a ello y dos días después el *Oficial* recibía dos buenas fajas bien reforzadas y otra más mullida de suave tejido para proteger las carnes del lisiado de la rigidez de las ballestas de ballena.

Los *Cucas* continuaban subiendo semanalmente a Catí y un domingo el matrimonio se presentó con un buey atado detrás del carro a ofrecerlo a la familia, que tan desinteresadamente había salvado la pierna y la vida de Elías. Desató el buey el *Cuca* que dirigiéndose al *Oficial* le puso la cuerda en la mano, al mismo tiempo que le decía:

—Señor Silvestre, no es con el valor de esta bestia que podré pagar lo mucho que le debemos mi mujer y un servidor por la vida del hijo que nos ha devuelto. Le rogamos que acepte nuestro presente sin peros ya que nos lo podemos permitir gracias al trabajo y la ayuda de nuestro patrón san Bonifacio que nos ha concedido por nuestras plegarias en este santo año tan benéficas lluvias para nuestras cosechas.

El *Oficial*, emocionado, no supo qué decir. Se instaló por unos instantes un extraño silencio que fue roto por el potente mugido del buey. Quedaron sorprendidos, se miraron entre sí y rieron. El *Oficial* estrechó la mano del *Cuca*, tiró de la cuerda al mismo tiempo que decía:

“Eee...” —y condujo el animal al establo.

Al atardecer, cuando los padres de Paca marcharon, bajó la joven con dos baldes a por agua del pozo, encontrándose con Silvestre que abrevaba los animales. Éste al ver a la joven fue hacia ella diciéndole:

—Espera, te ayudo a sacar el agua.

—Gracias, Silvestre. —le contestó Paca devolviéndole la gentileza—. Empezando así la conversación sobre lo ocurrido durante el día.

Por la noche, ya en su lecho, Paca recordó a Silvestre deduciendo que solamente en unos escasos instantes en el pozo había hablado con Silvestre más que en dos meses de estancia en la casa y se durmió escuchando el leve respirar de Clara.

Elías encorazado con el soporte que el *Oficial* le fabricó, empezó poniéndose de pie y respirando con más facilidad, varias veces al día aunque la herida de la pierna tiraba, con la ayuda de una muleta, al principio intenta-

ba caminar por delante de la casa. En dos semanas de ejercicio, la cicatriz tomó elasticidad y firmeza en la pierna para poder desplazarse. Aunque sus brazos descarnados, sin fuerza, continuabas inertes balanceándose casi sin control.



A mediados de otoño empezó a haber cambios en el campo de Catí, pues el *Moro* y dos peones emprendieron el chapuceo de un horno de cal para reparar las casas abandonadas que serían ocupadas por familias procedentes de la próxima población de Castalla.

Elías ya podía valerse de la pierna herida así que se decidió su retorno a Petrer. El *Oficial* le recomendó que todos los días metiese las manos en el agua caliente intentando cerrar y abrir los puños dentro de ella durante un buen rato y que hiciese fricciones en los brazos con ortiga mayor y aceite, también con aguardiente una vez por semana, así no se le alcoholizarían los músculos en los brazos.

Cierto tiempo después del retorno de Elías a su casa, el *Oficial* y su hijo Silvestre se acercaron al pueblo para recuperar las mulas que el burrero les procuró. Estando ya los animales en las cuadras, Silvestre acompañó de nuevo a su padre al médico pues en Catí empezaba a hacer fresco y el padre se encontraba cansado de toser. Éste después de auscultarle le recomendó que se aplicase cataplasmas calientes de harina de mostaza, infusiones de anís verde con miel y que no se enfriase. Visitaron a Elías, comprobando que el joven, con un poco de concentración, desplegaba y cerraba las manos con cierta ligereza; era la prueba de que el tratamiento empezaba a hacer efecto en los tendones y en sus bíceps que tomaban forma.

Luego, a principio de la tarde, el *Oficial* montado en la burra y su hijo caminando a su lado con la alforja al hombro fueron a la feria de Elda, pues tenían necesidad de un par de azadas y hachas. Visitaron también las cercas con los ganados, pasaron por los puestos de telas y baratijas, donde Silvestre se detuvo delante de uno de los tenderetes, el padre continuó andando sin darse cuenta de que el hijo no le seguía. Miró atrás viendo a Silvestre plantado delante de uno de los diversos puestos con muñecas de trapo y retornó sus pasos hasta dicho lugar e interrogó a su hijo:

–Silvestre, ¿qué haces?

–Mire usted padre ¡qué muñecas tan graciosas!

–No crees tú –le reprochó el *Oficial*– que has pasado la edad.

–¡Qué no es para mí padre! –Silvestre le sonrió diciéndole –Estaba pensando en Clara pues desde que marchó Paca encuentro a la *Nena* triste. Había pensado llevarle una, ¿cómo a madre se le han comprado las telas?

Al *Oficial* se le enrojecieron los ojos, sacó un pañuelo y se limpió las narices.

–Tienes razón hijo, menos mal que os tiene y la entretenéis hablando por la noche junto al fuego. Pobre niña, ¡anda! ¡llévale una!



Ví aparecer entre la puerta semiabierta de mi habitación a mi madre que, dirigiéndose a la abuela, le advirtió que Juaneta la *Mocha* le estaba esperando en su casa para que le ayudase en el adobo de aceitunas.

Allí quedé solo mirando las vigas del techo que, según mi bisabuela, estaban carcomidas. Con el peligro de que una de ellas cediese, cubrí mi cabeza con la manta, quedando solo bajo el peligro del derrumbe. A causa del calor, me descubrí la cabeza y di un soplido. ¡Qué fastidio estar encamado! Parece ser que mi hígado estaba dañado y mi rostro amarillento. Si algo recuerdo bien es el granulado tan amargo en la caja de lata que don Luis recetó. Pero qué lucha llevaban las tres mujeres de la casa para hacerme beber aquel horrible fármaco disuelto con agua. Cada una tenía su estratagema. La más terrible era siempre la de mi bisabuela que sentenciaba así:

–*Vols que et porte Tomasita a Catí?*

Yo contestaba que sí. Ella, de sopetón, dejaba ir el:

–*Doncs veu sinó et moriràs!*

Así que llorando bebía aquel potingue de diablos con la esperanza de no morir y que Tomasita me llevase a jugar con Jaumet, el hijo menor del tío Perfecto.

–*Iaia, ¿en Catí hay sapos?*

Así recibí a mi bisabuela cuando unas horas más tarde vino a darme un beso. Me miró sorprendida diciéndome que no sabía si los había y el porqué de aquella pregunta. Le expliqué que como el padre de Silvestre, el que quiere a Paca, hizo un ungüento con sapos... La abuela me hizo comprender que si se llamaba *ungüento del sapo* no era porque estaba hecho con entrañas de dichos anfibios como componen los mejunjes normalmente las brujas, sino que si llevaba tal nombre era porque lo inventó alguien que tenía una boca muy grande, muchas verrugas en la cara, era feo y barrigudo.

Le pedí que continuase con la historia. Ella estaba de acuerdo en contar solamente un poco a causa de la cena, pero a cambio tendría que beber el potingue sin hacer el tonto.

—Sí, sí... —le prometí—, pero entre mí pensé “ya verás tú el jaleo que te montó.”



Clara con un jarro en la mano vertía poco a poco agua caliente sobre la masa de harina que su madre preparaba. Cuando su padre y el hermano mayor llegaron a casa, dejó Silvestre el fardo encima de una silla y advirtió a Clara:

—*Nena*, cuando termines con madre, desata el ovillo y guarda las telas, pues madre tiene las manos llenas de masa.

Sin dejar de mirar el agua que vertía, confirmó un sí con un gesto de cabeza. Cuando quedó vacío el jarro, miró a su madre y esta la mandó a desatar el paño.

—¡Anda y pon las telas bien plegadas encima de la cama!

Al desatar Clara el envoltorio que resguardaba las telas se encontró una muñeca de trapo grande como dos palmos. Salió la niña corriendo a enseñar la muñeca a su madre encontrándose de sopetón con Pedro que llegó en esos momentos. Clara zarandó la muñeca delante de su hermano:

—¡Mira que falda lleva!

Su hermano vio tanto brillo en sus ojos que cogiéndola por debajo de los brazos la levantó en los aires dando vueltas y vueltas.

—¡Qué me mareo! ¡Qué me mareo! ¡Qué me mareooo! — gritaba la niña.

Fue dar las gracias a su padre. Éste acariciándole los cabellos le advirtió que fue Silvestre quien la compró para ella.

Con la muñeca en brazos bien prieta contra sus nacientes pechos se dirigió hacia el corral donde se encontraba su hermano mayor para darle un beso y decirle que la muñeca era muy bonita. Dejó Silvestre el mango que montaba en la azada y dándole un abrazo le susurró al oído:

—Tú sí que eres linda.

Pedro, a causa del compromiso en la administración de las tierras, periódicamente mantenía entrevistas de trabajo con el baile dándole cuenta del estado en que se encontraban las reparaciones efectuadas por el momento en el *Carrascalet*. En esta última reunión, le confirmaba que estas casas se encontraban ya dispuestas para recibir las familias elegidas para su ocupación y urgía empezar la limpieza de la hacienda y la poda de los árboles. Por las

casas en el *Xorret* la reparación empezaría en el momento en que tuviesen el yeso necesario. Revisaron las cuentas, previeron el coste en los próximos trabajos que se efectuarían en el *Xorret* y los quehaceres necesarios en el trabajo de la tierra.

Terminado el papeleo, el administrador se interesó por la familia de Pedro, preguntándole si su padre mejoraba y cómo soportaba su madre la rudeza del campo. Pedro, a causa de la confianza que se estableció entre los dos hombres, le contó que su señora madre, que Dios guardase su fuerza, continuaba ocupándose de los quehaceres cotidianos del hogar, cuidando de la precaria salud de su padre y que el nuevo remedio con cataplasmas de mostaza, sólo apaciguaba brevemente la tos que le hundía lentamente a una muerte cercana. Su hermana, ya hecha toda una mocita, cuidaba de unas cuantas ovejas y cabras, sacándolas a pacer cuando la madre no necesitaba de su ayuda. También hablaron de los terrenos, que por falta de tiempo, dejaron baldíos y pronto, con la ayuda del par de mulas, sería tarea fácil explotarlos. Para ello, les vendría bien un mulero que les ayudase en la labra ya que la producción de carbón les era necesaria a causa del dinero inmediato que proporcionaba su venta.

Aquel invierno en Catí el frío mordió con fuerza, castigando sin relajo las escasas fuerzas existentes en el cuerpo del *Oficial*, que con la esperanza de sanar, llegó a estas tierras menos húmedas sin saber que en Catí, en invierno sopla un continuo viento leve pero seco que muerde las mejillas como si fuesen afiladas puntas de espino y la helor del hielo terminó por quemar sus frágiles pulmones.

En aquel mes de marzo, cuando los campos empiezan a verdear, el *Oficial*, después de un fuerte espasmo de tos, por la comisura de la boca le brotó un hilo de sangre negruzca. Su esposa le encontró con los ojos abiertos, vidriosos, ciegos y sin vida.

El *Moro*, con tablas de madera que utilizaba en la reparación de las casas, fabricó una rústica caja con la que enterraron al *Oficial* en el hoyo que se hizo en el bancal situado frente a la casa y a cierta distancia del pozo.

Aquel atardecer, en el entierro del viejo marino, no hubo sacerdote, ni ceremonia, ni lloros, sino una profunda tristeza que invadía a la familia, impidiendo mirarse de frente y descubrir las púdicas lágrimas que pujaban por brotar en los ojos de la madre y de los hijos. Sólo Pedro tuvo un gesto cariñoso hacia la *Nena*, al escuchar el sordo golpe de la tierra que los peones del *Moro* echaban con las palas encima del rústico féretro. Pedro reposó un brazo encima de los hombros de la mocita, la trajo hacia él y besó sus cabellos diciéndole:

—No te acongojes Clara, padre descansa, ya no sufre de la tos que tanta pesadumbre nos causaba.

Clara se apretujó fuerte contra su hermano y sus ojos dejaron escapar hilos de lágrimas. Pues nunca conoció al padre sano y fuerte.



A mediados de abril, Pedro acogió a la primera familia procedente de Castalla. Les siguieron, días más tarde, las dos familias que se comprometieron a repoblar y cuidar las tierras como medianeros de un mayorazgo acomodado en Alicante.

El tener que cuidar y abastecer con lo necesario a estas familias, mientras los campos diesen los frutos esperados para el sustento de todas estas gentes, Pedro dejaba cada vez más los trabajos en la hacienda. Silvestre encontró en un leñador el mulero que necesitaba ya que era un hombre aún joven, viudo, con un hijo menor que el padre quiere llevar consigo. El chicuelo, sólo por la comida, podría ocuparse del rebaño. Gracias al niño del leñador, Clara quedó libre de pacer las cabras, dedicando así mucho más tiempo en ayudar a su madre.

Ya en plena primavera, Pedro invitó al procurador general y baile del señor conde para visitar los trabajos realizados en los campos de Catí. Recorriendo las tierras, el baile se dio cuenta de unos jóvenes cerezos plantados en los bancales, brillaban al sol con el ramaje lleno de miles de flores blancas. El baile les pidió cómo habían llegado los cerezos a Catí.

—En carreta— contestó Silvestre —En carreta señor procurador. Los trajimos de Jerte cuando nos trasladamos, los metimos en tierra y solamente nos fallaron dos. Esperamos multiplicarlos en cuanto den los primeros frutos.

El baile, Pedro y Silvestre pasaron de visita por la tumba del padre, rodeada de una cerca de madera que pidieron hacer al *Moro*. El baile propuso que en memoria del *Viejo Oficial* se plantase para Santa Catarina, junto a la tumba, un Castaño de Indias que tenía en una maceta adornando el patio en la casa del señor conde.



En mayo, en una de sus claras mañanas, después de haber pasado los festejos en honor al santo patrón de Petrer san Bonifacio mártir, Clemente Planelles, el tío *Cuca* acompañado de Ramoneta, su esposa, con dos de los hijos Paca y Elías, emprendieron el camino con las mujeres subidas en el carro

y bien acomodadas, Elías delante, al frente de las mulas; el *Cuca* detrás pendiente del freno se dirigieron hacia los campos de Catí en visita de cumplimiento a dar el pésame a la viuda del *Oficial* ya que Ramoneta, Paca y Elías no les había sido posible testimoniarse el profundo y sincero dolor que guardaban a causa del fallecimiento de su esposo.

Decidle que el recuerdo que dejó en ellos, lo tendrían perpetuamente, sin posibilidad de que en ellos se borrara, ya que gracias a su generosidad y al unguento de sapo, Elías vivía y su recuperación aunque lenta seguía progresando. Las mujeres, en aquellos momentos de intimidad, cuando sus brazos se enlazaron entre ellas, un sordo congojo hizo romper el llanto que humedecía las pupilas, dejando escapar las sinceras lágrimas de tristeza que estas doloridas mujeres secaban con el revés del limpio dominguero delantal.

Paca y Silvestre con la excusa de ver los cerezos provocaron la oportunidad del esperado momento, el estar juntos. Ya en los cerezos a solas, Silvestre, este hombre que a Paca le parecía tan distante, descubrió en unos instantes el efecto de atracción que callada durante tiempo, se descubría con la voz suave y las frases amorosas que brotaban deliciosas en los labios de Silvestre. Paca escuchaba acariciando con sus dedos unas cerezas que empezaban a pintar colgadas en el ramaje entre las hojas de un joven cerezo la tan esperada declaración de amor que Silvestre le dedicaba. Después de un breve silencio, la joven doncella, desviando la mirada, sus ojos fijaron el color miel de los de Silvestre descubriendo en ellos la nerviosidad que le invadía. La muchacha cogiéndole la mano, en su palma selló un beso diciendo:

—Yo también te quiero.

De vuelta a la casa, los dos jóvenes enamorados se detuvieron en el pozo para aprovechar el agua fresca. Silvestre le recordó a la moza la primera vez que le ayudó a pozar el agua, pensando en lo bien que hubiese sido casarse con ella. Paca, con las manos juntas cóncavas bebió del fresco líquido que surgía de la pileta y, después de pasar las húmedas manos por sus mejillas, le dijo a Silvestre:

—Para casarnos tendrás que hablar con mi padre .

Subieron la leve pendiente que llevaba del pozo a la casa, encontrando las dos familias conversando alegres, sentados unos en el banco, otros enfrente en sillas formando un corro. Clara, un poco apartada del grupo, mantenía en sus manos un libro abierto de fácil lectura, observaba sus grabados.

—¿Te gusta? — le interrogó Silvestre—.

—Sí, lo ha traído Elías. Dice que lo puedo guardar todo el tiempo que quiera.

La conversación continuó de nuevo en el corro sobre las recientes familias que ocupaban las masadas del *Carrascalet* y *Xorret*. Enriqueta habló de las visitas que le hicieron las familias de *maseros* procedentes de Alcoy y aunque no los entendía muy bien en el habla, estaba contenta de poder encontrar otras mujeres. Lo único que les faltaba era el no poder acudir los domingos a orar a la iglesia. Petrer y Castalla se encontraban tan lejos y había tanto que hacer en los campos... A causa de las últimas frases de Enriqueta, los contertulios confirmaban con una vaivén de cabeza fijando la vista en el vacío el “está tan lejos y tantas cosas por hacer...” Elías se levantó, tendió su brazo señalando la colina y con aplomo confió a su familia y amigos:

–Yo construiré una ermita para todos vosotros en lo alto del cerro en honor de la Purísima Concepción.



Silvestre habló con su madre y hermanos del compromiso de noviazgo que acordó con Paca pidiendo a la madre que le acompañase al pueblo a pedir su mano a los padres de la moza. Pues tenía pensado hacerlo a finales de junio y, al mismo tiempo, aprovecharía la ocasión de pasar por la taberna en Elda a ver si daba con el tratante de bestias para recuperar el dinero de la venta del viejo buey.

Se acercaba la fecha prevista para apalabrar el noviazgo de los jóvenes con la familia de Paca cuando a Enriqueta se le planteó el dilema de cómo tendría que vestir para tan importante misión de acompañar al hijo. La *Oficiala* vació el baúl de todo su contenido, escogiendo las faldas más sobrias y lucidas, fue probándolas, se dio cuenta de que tendría que deshacer las costuras. Por las blusas y camisas dio gracias al cielo, las sisas no le apretaban.

–¡Qué suerte! –se dijo– tengo de todo –pensó– ¡hasta el sombrero!– el que su marido le trajo de Cádiz cuando le licenciaron de la marina.

Se lo probó y con el tocado en la cabeza, fue hacia el espejo, el que colgaba de un clavo plantado en la pared en la alcoba donde dormía Clara. Se miró pensando en el largo tiempo que un espejo no le devolvía la imagen. El tocado lucía bien pero su rostro lo encontró envejecido, seco, pensó que con un poco de aceite y unas gotas de limón, daría un poco de vida y tirantez a su quemada piel.

–¡El limón! ¿Adónde lo encontraré? –La mujer se dio cuenta de que hablaba sola y continuó palabreando por lo bajo– en fin, me untaré las manos, brazos, cuello y mejillas con aceite unas cuantas noches .

Enriqueta y Silvestre llegaron temprano a Petrer. Silvestre desenganchó las mulas, descargó el carro de los sacos llenos de cebada y centeno, que guardó en el porche de la casa, se echó cuatro puñados de agua a la cara y después de cambiar de ropa se dirigieron madre e hijo a casa del tío *Cuca*.

Les recibió Ramoneta. Paca llegó al instante entrando del corral con huevos en una cesta colgando de su brazo, se acercó y deseándoles los buenos días dejó la cesta sobre la mesa. Su madre la mandó al porche a avisar al padre de que Enriqueta y Silvestre le esperaban. Querían hablar con él. Clemente, al verlos, les sonrió afable, invitándoles a que se sentasen de nuevo y después de los preliminares de cortesía les preguntó que quehacer les llevaba por su casa. Enriqueta hablando por su hijo le presentó la evidencia de que Paca y Silvestre se sentían atraídos y enamorados, que estaban allí para pedirle a su hija en casamiento. La sangre del tío *Cuca* se le bajó a los pies, pues su rostro quedó demacrado, todos notaron el estupor que le causó al *Cuca* la pedida de mano de la hija. Ésta quiso romper el pesado silencio que se estableció:

—¿Y si les sirvo unos vasitos de mistela que nos ha llegado de Valencia y unos almendrados?

El padre de Paca agachó la cabeza, no dijo nada. Se levantó, fue a por una azada y con ella al hombro salió por la puerta en dirección de la huerta.

Sería posible, pensó el *Cuca*, que unos campesinos que no tienen donde caerse muertos pretendiesen a su hija. Pero esas gentes qué creían que era su hija. El que había dotado con más de ochocientas libras de valor en tierras más el ajuar que no tenía par en todo Petrer.

Dar su hija ¿a quién?, a uno de los hijos de extranjeros, dueños de unas tierras que no valen cuatro sueldos, donde tienen que trabajar como forzados en galeras solamente por el malvivir en galeras como el padre, en galeras.

Llegada la noche, Paca escuchó a través del tabique murmullos y algunas voces más fuertes que otras procedentes de la habitación donde dormían sus padres. Intentó escuchar acercando su oído al tabique. No le fue posible entender nada de la disputa que mantenía el matrimonio.

Lo cierto fue que el *Cuca* a la madrugada cuando despertó salió de la habitación donde dormía. Bajó a la cuadra. Cepilló una de las mulas, le puso la albaida, se montó en ella y se dirigió hacia Catí.

No encontró a nadie en casa cuando llegó el *Cuca* a Catí, sólo el gato se le acercó frotándose por la pared con la cola en alto y le dio un maullido de bienvenida. No estuvo mucho tiempo el hombre solo en el portal pues Enriqueta llegó con unos puñados de habas producidas en el reducido huerto creado en la parte más húmeda detrás de los olmos. El “buenos días

Clemente” sorprendió al *Cuca* que, entretenido, observaba el jugar del gato con el remeneo de la cola desprendida de una lagartija.

–Pase usted y siéntese– le invitó la mujer que dirigiéndose al hogar dejó sus hortalizas sobre una mesa. Desde allí con voz reposada, como si nada hubiese pasado la víspera, le habló de nuevo: –Estará acalorado, ¿le apetece que le sirva un vaso de agua?

–No se moleste, beberé del botijo, pues parece hecho en Agost, estos cacharros al sudar hacen refrescar el agua.

–Beba usted Clemente.

Bien saciado de agua, el *Cuca*, colocó el botijo sobre el sudadero sentándose de nuevo, reposó un brazo encima de la mesa empezando a tamborilear el tablero con los dedos. La mujer, recelando la nerviosidad que invadía al visitante, le preguntó interrogándole:

–¿Y usted por aquí señor Clemente?

–Mire usted Enriqueta, llegué hasta su casa porque quisiera que me disculpen por el desaire que les provoqué ayer. Además, le voy a hablar sin rodeos ni ramajes, Silvestre quiere desposar mi hija Paca y ella también lo desea. ¿Cree usted que cuando el grano esté asilado podremos *casamentar* a nuestros hijos?

–Quédese usted a comer así tendrá la ocasión de preguntar a Silvestre que piensa hacer.



El primer domingo del mes de septiembre, Paca y Silvestre se unieron en matrimonio. Y fue sonada la boda, pues el *Cuca* no sólo echó el burro por la ventana en viandas, vinos y dulces, sino que hubo dulzaina y murga, pandero, caña, castañuelas, guitarra, bandurria y guitarrón. Se bailaron jotas cantadas y cucañas para niños, incluso hubo casi un desafío, pues a la jota valenciana:

*A la vora del riu mare - plora una llauradora
el seu novio la consola - en un ramell de flors
i el seu novio la consola - en un ramell de flors
en un ramell de flors.*

Enriqueta y Pedro contestaron con otra jotilla extremeña que dejó boquiabiertos al corro de cantantes al escuchar tan deliciosa letra:

De la uva sale el vino – de la aceituna el aceite
Y de mi corazón sale ¡ay! Cariño para quererte.

Así que entre estribillo y estribillo, nunca se supo quien perdió la mano en el canto, lo cierto fue que todos los presentes aplaudieron y los vasos vacíos se llenaron de nuevo con el vino que suavizó los gaznates de los cantantes, y desalteró a las parejas bailadoras. Hasta el *Moro*, que por el efecto del vino bebido, ya que por no estar acostumbrado a ello se encontraba un poco afarolado por el alcohol, mas al encontrarse seguro en compañía de íntimos amigos, perdió el miedo de ser denunciado a las autoridades y con unos címbalos en las manos bailó la danza del *momo* que aprendió de sus antepasados.



Ya en la segunda quincena del mes de agosto, cuando hacía casi un año que Paca había contraído matrimonio, parió un niño, hermoso, con siete libras pasadas de peso. La joven madre, después del parto, quedó encamada en casa de sus padres en el pueblo reponiéndose. Pues a pesar de ser una mujer mediterránea de anchas caderas no le fue nada fácil dar a luz a un niño tan rollizo como *Francisquet*.

Tres semanas después Paca y el niño regresaron a Catí y Silvestre se dio cuenta de que en la casa faltaba espacio para el bienestar del niño. Tomó la decisión de construir una vivienda medianera a la casa donde vivían, pues ésta con dos muleros y el hijo de uno de ellos quedaba estrecha para tanta gente.

Elías, después de que su hermana tuviera el hijo, empezó asiduamente a hacerle visitas, aprovechando los constantes viajes que el *Moro* hacía con materiales para construir la casa. El joven Elías pasaba bastante tiempo observando a los albañiles tirar las plumadas y levantar de los asientos las paredes con cal y canto. Era tan asiduo y se interesaba tanto en conocer cómo levantar una construcción que el *Moro* le pidió si pensaba hacerse albañil.

–Sí, he prometido levantar una ermita en lo alto del cerro –replicó Elías–.

–Pero... Elías, ¿cómo vas a poder levantar una pared con los brazos medio paralizados?

–Será difícil, lo sé pero mire usted mis piernas, están fuertes. Ya no necesito el corsé. Mis brazos gracias a las fricciones y ejercicio los levanto



hasta medio cuerpo. Mire usted las manos cómo las cierro con fuerza. Allá arriba en el cerro he empezado a recoger piedra. Me cuesta, pero se lo prometí a la virgen. Ella y el *Oficial* me ayudarán.

—Así sea —le afirmó el *Moro*— Cuenta conmigo si necesitas de mis conocimientos.



Elías recogió todas las piedras sueltas alrededor del lugar elegido. Luego, con la ayuda de una palanca fue arrancándolas al mismo tiempo que allanaba la plataforma de la obra. Una vez el llano hecho, pidió consejo al viejo albañil, éste le enseñó cómo sacar una escuadra con palo y cordel, hacer una plomada y servirse de un plato con agua encima de un listón para nivelar. Con paciencia y voluntad, el joven reunió en cuatro montones la suficiente piedra para levantar la ermita.

Por la cal no tenía por qué preocuparse. El horno no dejaba de quemar piedra para fabricarla. En cuanto al agua, seguro que su cuñado Silvestre le dejaría la burra que con unas aguaderas y un par de cántaros sería suficiente para subir hasta allí el agua del pozo. Y los nuevos campesinos del lugar, cuando el quehacer les queda cerca, suelen desviarse voluntarios a ayudar a Elías acercándole piedra al tajo, agua o preparan la masa para liar las piedras.

Incluso Clara sube a ayudar con el pretexto de pedirle explicación sobre un capítulo complicado o alguna frase que no entiende en los libros que le da para leer. Luego, regresa con el pastorcillo que lleva las dos docenas de ovejas y cabras a pacer.



Para las nuevas familias, el primer año de siembra ha sido escaso, y Pedro ha obtenido el poder redimir la parte de cosecha que pertenece a los amos, y abastecer a los campesinos con simiente para la próxima siembra. A mediados de otoño ha llovido y a principios de primavera la lluvia ha irrigado con abundancia los campos, la gente cree que si no *pedrizca* habrá cosecha.

Pedro se encuentra un poco agobiado, le falta tiempo para ayudar a su hermano. El procurador le solicita constantemente, pues aparte de los campos de Catí, también está haciéndose cargo de las tierras de regadío que el señor conde ha comprado en el valle. El procurador general le está

iniciando en otros negocios y para ello Pedro le acompaña viajando a Valencia por necesidades de gestión, a casa del conde. El joven se interroga a dónde llegará tanta solicitud, pero se ha dado cuenta de que el baile le necesita y el piensa aprovecharlo. Por el momento, al trabajo le está sacando ganancias. Además, empieza a conocer a las personas acomodadas en el señorío. Ya algunos de estos terratenientes les solicitan para que intervenga en rogatorios y negocios con el baile y que éstos sean transmitidos al señor conde.

Por otra parte, en Petrer, algunos de los primero colonos han fallecido y los hijos se reparten las tierras que se convierten en pequeñas propiedades. Unos continúan explotándolas al mismo tiempo que trabajan fuera de sus propiedades, otros las rentan a vecinos que buscan tierras, también los hay quienes las venden para poder construirse una casa. Estos traspasos son aprovechados por los que disponen de caudales y Pedro empieza a disponer de cientos de libras por los beneficios obtenidos con el procurador y con el negocio paralelo que lleva en la venta de almendra, pasas, higo seco y el vino que empieza a embarcar en el puerto de Alicante. También mantiene una estrecha amistad con el futuro mayorazgo, dueño de heredades en Catí. Éste en una visita a sus futuras propiedades en compañía de Pedro quedó maravillado de la multiplicación en unos años de los cerezos plantados por los hijos del *Oficial*, pidiendo a Silvestre que se ocupara de sus tierras baldías lindantes a las suyas y que plantara cerezos, almendros, algún nogal y viñas, prometiéndole que en el plazo de dos años haría construir una casa al lado de las suyas a causa de la necesidad de alojar a la gente.

La casa que prometió el mayorazgo fue ocupada por los nuevos campesinos procedentes del pueblo de Onil el mismo mes en que Elías terminó con constancia día tras día durante tres años, la construcción de la ermita de la Purísima de Catí.

A Elías todos los esfuerzos que realizó no le fueron en balde para su mejoría, pues sus miembros encontraron, gracias al ejercicio, movilidad, fuerza en los brazos y en los músculos pectorales.



En Petrer, la familia del *Cuca* era conocida y reconocido el empeño del hijo con su ermita. Unos decían que la mejoría de Elías fue un milagro de la virgen, otros de san Bonifacio mártir, pues la familia es muy devota y se dice

que el Santo lo acogió bajo su capa de guerrero. También se murmuraba, sobre todo, los que frecuentan las ermitas del vino, que si el muchacho se curó fue gracias a las fricciones de aguardiente que le mandó hacer el *Oficial*. En todo caso, fuese como fuere, el joven se encontraba fuerte y bien plantado, sólo su boca ligeramente torcida acusaba el accidente causado por las ruedas del carro que conducía.

La campana para la ermita, fue ofrecida por el cuñado de Elías, José el *Elchero*, que aprovechando de unos fundidores procedentes de Alcoy, que utilizando un corral de su propiedad fundían unas campanas para una nueva iglesia en la población. El *Elchero* negoció la campana prometida a la ermita por medio precio de su valor, a cambio de la ocupación del corral. El *Cuca* ofreció una imagen pintada de la Purísima Concepción con marco de madera revestido de hoja de oro. Elvira, la mujer del hermano mayor de Elías, regaló dos reclinatorios. Enriqueta, Paca y la *Nena* se hicieron cargo de coser y bordar los manteles del altar.

El día elegido para la inauguración de la ermita, el tío *Cuca*, Ramoneta y dos de sus hijos, Mercedes, madrina de la campana ofrecida por su marido y Jaume, delante, a pie dirigiendo las mulas adornadas con los cabezales de cascabeles, se dirigieron a casa del párroco.

Don José Tormo les esperaba con los ornamentos necesarios envueltos con paño fino de lino y bien protegidos en el interior de una cesta hecha con caña partida, dispuesto a bendecir la ermita, a bautizar la campana con el nombre de Sonada Mercedes y oficiar la primera misa.



Don José, el párroco, en el interior de la ermita vaciaba la cesta y desenvolvía con precaución las vinagreras, cáliz, patena y acetre con su hisopo, crucifijo y otros utensilios, de los que no recuerdo el nombre pero necesarios. Salió precipitado al escuchar el afinado si del redoble en la campana que Clara hacía repicar. Aquel si del repique le produjo a Elías un inmenso dolor de cabeza y protegiéndose con las manos los oídos, se alejó. Sentado sobre una piedra con la cabeza sobre sus rodillas, allí estuvo aislado, mientras Clara tiraba de la soga. Tan pronto cesó el sonido, Elías levantó la cabeza repentinamente al desaparecer el dolor pero no sabía el porqué. Algo debió cambiar en él, ¿qué fue? Se palpó el rostro, lo encontró raro.

Después de pasar la mano al pastorcillo, don José la vio acercarse jadeosa hacia un joven bien trajeado y sonriente. El párroco, de nuevo en sus que-

haceres en el interior de la ermita, pensó que quizás pronto tendría boda. Los jóvenes, apartándose de los vecinos allí presente que conversaban alegremente, se encaminaron hacia un bosquecillo de verdes encinas que crecían penosas, escondiendo entre las rocas su negras raíces. Elías deteniendo la mano de Clara que esgrimía un tallo de hinojo silvestre, se inclinó hacia ella pretendiendo besar una de sus mejillas. La joven desviando ligeramente su lindo rostro le ofreció sus labios rojos, suaves, carnosos.

Tres días después de que los labios de los jóvenes se juntasen, a Elías aún le duraba en la boca la suave sensación del choque de sus dientes con los blancos nacarados de Clara.



Una vez la ermita de la Purísima de Catí levantada y bendecida, Elías se preguntó cómo hacer para continuar visitando a la *Nena*. Tenía necesidad de verla cotidianamente, escuchar su reír y cien cosas más que le era imposible explicar después de aquel primer beso. ¿Qué significaba para Clara? ¿Fue un beso de amor o un impulso pasajero? ¡Él sí lo tenía cierto! Estaba enamorado de Clara. Elías decidió visitar a su hermana Paca. Ella podría aconsejarle. Clara es tan joven, dieciocho años solamente, él con veinticinco no tenía nada que ofrecerle. En fin, había construido la ermita, sabía levantar paredes y el pueblo necesitaba albañiles. Además, el *Moro* estaba envejeciendo. También podría comerciar con frutos secos, su padre se lo propuso y Pedro seguro que le ayudaría a ampliar el negocio. Se dijo que si todos estos proyectos no los pudiera realizar siempre podría trabajar con su padre.

Elías, el lisiado del *Cuca* como le nombraba la gente en el pueblo, el que tanto esfuerzo y paciencia desplegó en el sufrimiento, gracias a una voluntad sin falla superó la incapacidad que le causó en un descuido tan amargo accidente. En unos días se estableció en él desasosiego y duda. El enfrentarse con el amor que le inspiraba la niña que vio crecer convirtiéndose en tan pocos años en tan linda doncella. El tiempo transcurrido en el camino hacia Catí a lomo de la mula, lo pasó dándole vueltas a las interrogaciones e inquietudes que se le planteaban.

Lo primero que vio Elías al entrar a la casa fue una cuna donde reposaba un niño mordisqueando un pedazo de cuero duro atado con un fino cordón al ojal de su camisilla. Su tío, alzándole con precaución por debajo de los brazos, lo levantó por lo alto zarandeándole dulcemente al mismo tiempo que le decía:

–*Bartolomeu, què grosset estàs pillet!*

De pronto el niño empezó un pucherín y estalló en lloros. Paca, ocupada dentro de la casa, en las habitaciones, salió al instante al escuchar el lloro de Bartolomeu:

–¡Ah! Eres tú. No te escuché llegar.

Recuperando al niño de los brazos de su hermano preguntó:

–¿Qué te trae por aquí Elías? Ven conmigo al cuarto del niño, estoy doblando ropita.

–Quería hablar contigo.

Paca manteniendo al niño con un brazo, continuó doblando la ropita con el libre.

Dióle una rápida mirada continuando en su hacer y directamente de nuevo le preguntó:

–¿Es de Clara de quien quieres hablar?

Elías quedó un poco sorprendido y sin responder continuó mirando cómo su hermana doblaba con una sola mano la ropita de su sobrino.

–Sí– respondió al fin.

–Y, ¿qué quieres que te diga? ¿Quieres que te hable de vuestras miradas o cuando ibais a los cerezos y tú apartándole los cabellos en las orejas le colgabas unas cerezas?

–¡Era una niña!

–¡Una niña! ¿Cuándo?, ¿el año pasado? ¿Este en que estamos ya no lo es? ¿Por qué? ¿Por qué la besaste? ¿Crees que no lo sé? ¿Clara también lo hizo, no?

–Sí.

–Solamente sabes decir sí. El sí es Clara quien lo tiene que pronunciar, no tú. Anda hacia el huerto... Clara se encuentra allí. Habla con ella y recuerda que con dieciocho años una hembra es toda una mujer.

Paca quedó bajo el umbral de la casa mirando orgullosa a su hermano descender la pendiente la que lleva al pozo en dirección de la parcela donde cultivan las hortalizas en busca de la *Nena*.

De lo alto de la escalera la voz de Enriqueta sorprendió a la nuera:

–¿Hablas con tu hermano Elías?

–Sí, era con Elías con quien hablaba.

–¿Adónde ha ido?

–¿Adónde quiere usted que vaya sino a palabrear seriamente con Clara?

–Ah...–. Las dos mujeres ya cómplices del encuentro, apareció espon-

táneamente en sus rostros una alegre y maliciosa sonrisa. Con toda tranquilidad y la fina intuición femenina por lo que tenía que suceder se dirigieron cada una a sus tareas del cotidiano hacer.



–Ni a mí, ni a los tomates asustaste, pues te vi llegar.

–Lástima me hubiese gustado verte brincar.

–¿Qué haces en Catí, te perdiste?

–Nada de eso, vine a encontrarte.

–Pues ya lo conseguiste. ¡Anda! Coge la cesta y llénala con los tomates más maduros.

–Antes quiero hablar contigo

–¡Anda! Pues habla.

–¿...?

–¿No ibas a hablarme?

–Sí...

–¿Esa es la conversación que me ibas a hacer?

–No.

–¿Entonces?

–Entonces, entonces... Vine a pedirte... a pedirte si... –respiró profundo– si quieres casarte conmigo.

Clara de pie delante de Elías, sin dejar de mirarle, avanzó hacia él la corta distancia que les separaba enlazando sus brazos alrededor del cuerpo del amado, reposó la cabeza sobre su pecho diciéndole:

–¿Eres un hombre feliz, Elías?

–Sí, soy un hombre feliz.

–Entonces me casaré en la ermita que has construido con un hombre feliz.

Elías levantó la barbilla de la nena, besó de nuevo sus labios. Para la joven aquel beso fue como lamer la miel por el lado cóncavo de una cucharilla.



–*Què boni...co... iaia! Quan la va besar van tindre molts xiquets?*

–*Una dotzena. Ala, ara a dormir.*

–*Bona nit iaia mare.*

–*Bona nit tingues Vergelito.*

EN EL RIU MARE

♩ = 134

Se repite dos voces.

Arreglos : G.Sánchez

The musical score is arranged in four systems, each with a vocal line and piano accompaniment. The piano part consists of a right-hand melody and a left-hand bass line. The vocal line includes lyrics in Spanish. The score is numbered 1 through 24.

System 1 (Measures 1-6): The piano accompaniment features a rhythmic pattern of eighth notes in the right hand and chords in the left hand. The vocal line is not yet present.

System 2 (Measures 7-12): The vocal line begins with the lyrics:

A la vo ra del riu ma... ..a.a...re,

Que a dé plu...re que-a de... plu...au...re,

A la vo ra de la fo... ..on ma re,

System 3 (Measures 13-18): The vocal line continues with:

plo ra u na llau ra do... o...o...ra,

que a de plu re y-és ra ra...a...as,

me-a de xai les es por de... ..e...e...nes,

System 4 (Measures 19-24): The vocal line concludes with:

el seu no via lo can so... a... la en un ra... ..a...mell de sta... ..o...o...

si so pié ra que-a de pla... ..au... re, no re ga ri a io-al al... ..ba-a

ma re no seu di ga-al pa... ..a... ..re, que io tor na re per e... ..e...e...e...

...os.
a
lles.

en un ra... a. mell de flo... o... os, en un
si sa pie ra que-a de pla... a. a. re, si sa
Ma re no se-u di ga-d pa... a. a. re que io

25 26 27 28 29 30

ra... a. mell de flo... o... os, el seu na via la con so ... a. a. la.
pie ra que-a de pla... a. a. re, no re ga ri a io-al a. a. al... ba
tor na re per e... lles.. que io tor na re per e... e. e.

31 32 33 34 35 36

lles.

37 38 39 40 41 42

43 44 45 46 47 48

La Uva

Jotilla Oliventina

Voz

Guitarra

Laud y Bandurria

6

1. 2. Fin

De la u -

12

-ra sa - le el vi - no De la a - cei - tu - na el a - cei - te -

18

Y de mi co - ra - zón sa - le ¡Ay! Ca - ri - ño pa - ra que

Detailed description: The musical score is written in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. It features three staves: Voice (Voz), Guitar (Guitarra), and Laud and Bandurria (Laud y Bandurria). The score is divided into three systems. The first system (measures 1-6) shows the beginning of the piece with a repeat sign and two endings. The second system (measures 7-12) contains the first line of lyrics: '-ra sa - le el vi - no De la a - cei - tu - na el a - cei - te -'. The third system (measures 13-18) contains the second line of lyrics: 'Y de mi co - ra - zón sa - le ¡Ay! Ca - ri - ño pa - ra que'. The guitar and laud/bandurria parts provide harmonic accompaniment throughout.

Pan con chocolate y a correr

Hacía un tiempo espléndido, ¡por qué no! Si para faltar a la escuela, el tiempo fue siempre formidable. Y una mañana reunidos a la hora del recreo en el patio de la escuela tres héroes se concertaron para no acudir por la tarde a clase.

Don Paco, en esos momentos, dio las palmadas rituales ordenando el regreso al interior de los edificios. Todos empezaron a correr gritando, es la hora, es la hora... Y en medio de los empujones cotidianos, Vergelito dijo a sus amigos. (A las tres y media, ¡en el *Derrocat!* El viento fresco de la primavera les recordó las corrientes de aire de los alcavones. Y es allí donde Carlos, Manolo y Vergelito pensaban pasar la tarde, pero... del *Derrocat* a los alcavones el camino más corto era pasar por delante del lavadero entre el huerto del alguacil y la central eléctrica. Claro está, que no contaron que en ese principio del mes de junio, los albaricoques despedían un perfume tan delicioso que la peligrosa expedición, se desvaneció en un lapso de tiempo tan corto como hubiese podido durar, un fruto de aquellos árboles que ladeaban el camino en la boca de uno de los tres de nuestros compañeros.

Pues bien, allí los tenemos cavilando de qué manera poder penetrar; ya que el dueño del huerto, harto de que le robasen los frutos, hizo construir un muro coronado por una alambrada, más protegido por un perro lobo en el interior. Pero, el perro seguro que olfateó las sí “buenas” intenciones de los tres galopines que empezó a correr y ladrar, donde los tres muchachos se encontraban. Éstos, huyeron cuesta arriba asustados por la fogosa reacción de tan fiero guardián. ¡Cosa insólita! Cuatro segundos después tenían al perro lobo corriendo detrás de ellos. ¿Salió de un salto de entre los alambres espinosos? ¿O de un agujero camuflado? Lo cierto es que el perro les perseguía corriendo. Vergelito y Manolín pudieron alcanzar la entrada de la central eléctrica y refugiarse en el interior. Carlitos que los seguía con la misma intención

de escapar y burlar al perro, al llegar, vio entre los cristales a sus dos buenos compinches que del interior, atrancaban la puerta con todas sus fuerzas: *–Abriu-me, abriu-me–* les gritaba Carlitos. Los otros dos al ver que se acercaba el perro y redoblando sus fuerzas le contestaban: *–No... no... que entra el gos.* Carlitos dio media vuelta y se encontró a dos palmos de sus huesudas rodillas que empezaban a temblar, con los nacarados colmillos que esgremía tan fiero y gruñón perro. Viendo que no podía contar con sus compañeros, respiró profundamente... y sacando de lo más profundo de su delgada silueta un... coraje de Tarzán, cerró los ojos y con una voz dominadora y tajante, gritó: *–Chicho a la barraca* Carlos aún quedó con los ojos cerrados unos cinco o siete segundos hasta que notó que las mamparas cedían detrás sus espaldas y una vocecita medio apagada del interior le interrogaba: *–Se n'ha anat ja?* El perro, seguramente, recordó el sabroso hueso que escondió al ver las rodillas de Carlos. Lo cierto es que el “chicho a la barraca” hizo efecto y el perro desapareció. Así que los tres muchachos se encontraron con una tarde de sol, la sombra que les ofrecían las higueras y una replana de tierra donde jugar a las canicas. El reloj de la Plaza Mayor marcó las cinco y el repique les advirtió la hora de regreso. Contaron las canicas y Manolín que había perdido les dijo: *–No pasa res, la meua iaia em donará una peseta!* Limpiaron las bolsas de cuero y caminando en dirección a casa percibieron al tío Bernabeu que con la escalera de mano a cuestas, regresaba seguramente de reparar un plomo eléctrico, éstos, con una sonrisa maliciosa le gritaron: *–¡Bernabeu, la punta del peu!* El tío Bernabeu se paró un instante, y reposando los pies de la escalera sobre el suelo, les respondió señalándolos uno a uno con una complacencia que le hacía cómplice de las respuestas que esperaban los chavales. El tío Bernabeu empezó así: *–Carrillos, se caga en els calçoncillos. Brotons, en els pantalons, Cortés que té el p.... tes.*

Los tres muchachos rompieron a reír a carcajada limpia y empezaron a correr cuesta arriba. El tío Bernabeu se colgó de nuevo la escalera de madera y siguió su camino tambaleándose sobre sus dos viejas y torcidas piernas.

Las sirenas de las fábricas terminaron de sonar, cuando ya de nuevo se encontraron en la calle con un pedazo de pan y dos onzas de chocolate por merienda, se sentaron en la acera, y después de un ratito que estuvieron sin decirse nada, mientras mordisqueaban la merienda, Manolín propuso: *¿Y si mañana fuésemos a los alcavones?* De acuerdo respondió Vergelito. *¡Sí!* Pero pasaremos por el salitre si no, no voy. Recalcó Carlos.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Arenal, de Petrer
en el mes de junio de 2011,
86 años después de que mi abuelo
volvió de Francia con un dedo de la mano infectado,
que los doctores franceses querían cortar
y que en Petrer sanó con
ungüento del sapo.



Ayuntamiento de
PETRER